

Rowan Fox

Bajo el sol protector



*Colección
DREAMS*

Bajo el sol protector

Rowan Fox

Título: Bajo el sol protector

© 2019, Rowan Fox

Diseño de portada: Esther Espí

Todos los derechos reservados

Para las reinas patéticas de Quinapó

Acto Primero

Serenísima fortunata



Cuando el siroco se combinaba con el *acqua alta* de mayo, los atardeceres se volvían rojos e intensos, tiñendo de carmesí el plumizo azul sobre la bóveda celestial, donde las estrellas parecían refulgir con más fuerza, en eterna pugna contra el sol muriente y la luna naciente. A pesar de que desde la ventana de su habitación en el lupanar de la calle Arco —lejos del mar, pero cerca del palacio Zorzi— Brina no podía verlos, estaba segura en esos días de que no había lugar mejor en el que vivir que Venecia. La muchacha había vivido en aquella casa desde su pubertad y siempre que el espectáculo de luces sobre la laguna tenía lugar hallaba el modo de escabullirse para contemplar ensimismada como el sol moría lentamente tras la oscura silueta de la iglesia de San Giorgio Maggiore. Tomando un paseo, disfrutando de la imagen que la ciudad de Venecia le brindaba, abandona la casa del Arco, atravesando el campo de San Zaccaria y dando la espalda al palacio Ducal mientras admiraba la capacidad de los vientos del sur para cambiar la naturaleza del horizonte que tan bien conocía.

Aquella tarde Brina, sin mucho esfuerzo, había convencido a su más querida amiga, Antonella, para que la acompañase a presenciar aquel espectáculo. Antonella había vivido en la casa de la calle Arco mucho antes que Brina. La recordaba, regordeta y morena, presente en aquel lupanar desde el mismo día en que llegó. Desde entonces habían pasado tiempo juntas siempre que habían tenido ocasión. Apenas tenía doce años cuando su madre decidió venderla a la oronda señora de la casa en el callejón del Arco. Esta, al ver a Brina con sus cabellos rojos, sus ojos azules y la piel blanca surcada

de pecas, la aceptó encantada. Entonces pasó a ser propiedad de la Señora a cambio de un escuálido saquito de tela repleto de monedas. Brina había nacido bajo el techo de una destartada casa en la frontera entre el Canalegio y la laguna. No sabía qué había impulsado a su madre a venderla de aquella forma, habían pasado ya muchos años de aquella parca despedida junto al canal que llevaba directamente bajo el puente de los suspiros, y jamás volvió a verla para poder preguntarle. No obstante, con el tiempo, se había sentido agradecida con aquella mujer por llevarla casi a rastras a la calle Arco, cruzando el puente del diablo y pasando bajo el amparo del pequeño arco gótico esculpido en piedra que daba entrada al callejón. La Señora, lejos de ser una patrona tirana, se había portado con ella casi como una verdadera madre. Era una mujerona de carácter fuerte y bondadoso, y en cuanto la acogió estuvo segura de cuál sería su destino, y de que para alcanzarlo pagaría su educación como cortesana limpiando y fregando el lupanar; aquella chiquilla tenía un futuro brillante. En cuanto hubiese alcanzado la edad adecuada, Brina se convertiría en una *cortigiane oneste*, uno de los empleos más acreditados para una joven veneciana de su casta. Pronto, la Señora tuvo a bien mostrarle la enorme suerte que había tenido a pesar de la mala fortuna de su familia; la bendición de servir en la casa del Arco y no ser una desdichada de las que vendían sus maltrechos cuerpos por un puñado de sucias monedas en las inmediaciones del puente de Rialto, comenzando así el principio del fin de una vida plagada de abusos y desdicha.

Con el tiempo, entre los platos sucios y la colada, Brina se descubrió no solo como una mujer exuberante, además, demostró ser ágil de mente. La Señora, consciente de su valor, y por puro cariño, la enseñó a leer y escribir, además de instruirla en arte, literatura o poesía, esmerándose en darle una buena educación. También la enseñó a adoptar la postura adecuada, a colocar las manos con la clase requerida o a andar con aquellas imposibles plataformas que daban a sus andares fragilidad y refinamiento. Aún le faltaba mucho para cumplir la treintena, pero a su edad Brina ya era una de las cortesanas más reputadas de Venecia, capaz de atender a los clientes más selectos. Y es que ellas no eran unas putas de tres al cuarto, los señores que acudían a la calle del Arco no buscaban solo un cuerpo caliente en el que enterrarse, querían además comprensión y compañía. Brina, a aquellas alturas, gracias a su excelente formación académica, podía conversar con firmeza y

seguridad sobre cualquier tema, ya fuese cultura, navegación o, incluso, política. Además, dominaba a la perfección el italiano, el francés, el español, el inglés y el griego, y podía hablarlos con fluidez. Brina era feliz como cortesana, y todos los días daba gracias por la buena fortuna que la había llevado a la calle del Arco.

Aquella tarde estaba de pie en la plataforma, con Antonella a su lado, de quien se decía era hija de la propia Señora. Incluso la pelirroja podía ver el parecido entre las dos mujeres. Nunca se lo había preguntado, pero estaba segura de que los chismes eran ciertos. Desde que tenía memoria Antonella había estado ahí, acompañándola a pesar de que no disfrutara de los atardeceres de fuego tanto como ella, que miraba el horizonte extasiada, cautivada por los rojos y cobrizos en plena batalla con el astro rey. Su oronda amiga, por el contrario, comenzaba a aburrirse.

—Es una lástima que todo esto vaya a desaparecer —comentó intentando sonar distraída.

Brina quería a Antonella, pero tenía que reconocer que su caprichoso afán por ser siempre el centro de atención la exasperaba.

—¿Qué va a desaparecer? —preguntó Brina ausente, aún absorta por el mágico atardecer recortado tras la fastuosa silueta de la Maggiore.

—Pues ya sabes, todo esto —divagó Antonella con un ligero aspaviento de sus manos. Brina aspiró por la nariz, enfadada; sabía lo que quería su amiga y no pensaba darle el gusto—. Ya empieza a haber rumores de su vuelta —siguió Antonella, componiendo un fingido tono de hastío.

Por fin, Brina apartó la mirada del horizonte y centró su atención en ella. Por un momento deseó que su amiga no estuviese hablando en serio, que se refiriese a otra cosa o, al menos, estar equivocándose en sus suposiciones. Pero lo que más deseó fue que Antonella no fuese tan estúpida de no entender la magnitud de lo que estaba diciendo. Cualquier cosa menos lo que daba a entender con desgana la meretriz.

La oronda cortesana, en cuanto supo que la pelirroja la miraba, esbozó una sonrisa maliciosa y divertida, satisfecha por haber acaparado por fin la atención de su acompañante. Aun así, guardó silencio, haciéndose de rogar para dar más dramatismo al chisme que estaba a punto de soltar.

—¡Vamos, habla! —espetó Brina enfadada. Aquella chica tenía el don de sacarla de sus casillas. Allí estaba su amiga, envuelta como un pastelillo en aquel vaporoso vestido violeta mientras remoloneaba como una niña traviesa.

—Bueno, ya sabes... —comenzó. Levantó una mano y apoyó el dedo índice sobre los hoyuelos de la barbilla de forma teatral, fingiendo que trataba de recordar algo—. Ese cliente mío, ese *dottore*... ¿Cómo se llama?

Brina bufó airada. Estaba segura de que Antonella no había olvidado su nombre. Estaba fingiendo; no podía haberse olvidado de su protector.

—Beretta —apostilló Brina de forma seca y cortante.

—¡Ah, sí! —pareció recordar de pronto Antonella—. Beretta. Qué tonta... ¿Cómo puedo haberlo olvidado? —Soltó una risilla alegre y volvió a guardar silencio mientras se alisaba la seda brocada de su falda violeta.

Brina tensó la mandíbula.

—¡Antonella! —refunfuñó, y el deleite traidor fue patente en la cara de su oronda amiga.

—Pues Beretta me dijo hace unos días —comenzó a desgranar Antonella arrastrando las palabras ante la impaciencia de su amiga— que iba a volver, pero que esta vez sería peor y que no habría suficientes gatos en toda Venecia para contenerla.

—¿Qué, Antonella? ¿Qué va a volver? —Brina, lívida, dio la espalda al moribundo atardecer, olvidando aquel espectáculo de la naturaleza, y aferró a su amiga por los hombros. Ella compuso una expresión afectada, pero la pelirroja no la soltó.

—La plaga —dijo Antonella sin más.

«Sí, es estúpida», la voz de Brina se lamentó en su mente.

Una góndola, negra y picuda como la faz de un cuervo, pasó cerca de ellas, deslizándose silenciosa sobre el agua. El gondolero, que acababa su jornada en aquel momento y volvía sin prisa al hogar, remaba cantando una canción satírica sobre el *caffè di merda* veneciano. Al pasar frente a las cortesanas las saludó con un sonoro «señoritas» y, aún aferrado a su remo, intentó una torpe reverencia. Ellas, una frente a la otra, apenas le prestaron atención.

Enfadada, la pelirroja soltó los hombros de su amiga y le dio la espalda

entrando en el *sotoportego* de la riva degli Schiavoni, emprendiendo el camino de regreso a la calle del Arco. La oronda cortesana, sin entender el enfado de la chica, la siguió disgustada, pero sin mediar palabra.

En aquella época, pese a la guerra de Candía, Venecia seguía siendo la cuna de la opulencia y el hedonismo. Parecía que nunca habría nada capaz de empañar los mármoles y los dorados de su arquitectura, pero lo cierto era que no todo había sido un camino de rosas para la ciudad flotante; los más viejos, los que habían conseguido sobrevivir, aún lo recordaban. Brina y Antonella habían nacido una treintena de años después, pero, aun así, habían oído las historias una y mil veces. Hacía muchos años, un bajel infestado de ratas y comandado por poco menos de la mitad de la tripulación inicial, atracó en el puerto mercantil de Venecia sin apenas llamar la atención. Nadie supo que en su bodega guardaba los cuerpos en descomposición del resto de tripulantes. Plagados de pústulas oscuras y llagas, habían contraído una misteriosa enfermedad durante la travesía y, como las hojas de un cerezo en invierno, habían ido sucumbiendo a la muerte uno tras otro. Los roedores se habían alimentado de ellos durante todo el viaje, y nada más descender la pasarela del barco y tocar la plataforma, aquellas alimañas infectadas, con sus vientres abultados y repletos de muerte, camparon a sus anchas por la ciudad de la laguna. Y así fue como la oscura mano de la enfermedad se cernió sobre Venecia, desatando la peor plaga de peste negra jamás vivida en Europa. Los doctores de la muerte, ataviados con negros gabanes y las picudas máscaras que los mantenían a salvo, hicieron todo lo posible para sanar a la población, pero apenas obtenían éxito, y los enfermos acababan en el carro de deshechos que anunciaba su llegada con el lastimero tañido de una campana de alpaca. La ciudad estuvo apestada durante más de dos años, ni los calores tórridos del siroco, ni la humedad del mar Adriático ayudaron jamás a sanar a la urbe, más bien fueron los clavos del ataúd de muchos de los ya hastiados venecianos. Y cuando todos habían perdido la esperanza, cuando las islas cementerio no podían dar cabida a más cadáveres, acogiendo cuerpos sepultados incluso en las paredes de los mausoleos, despertaron los felinos. Muchos decían que había sido la cuarentena; un nuevo sistema de triaje que no dejaba acceder a los barcos hasta pasar una criba, pero todos sabían que los gatos fueron los auténticos redentores de Venecia. Atigrados, tricolores, blancos, negros y salvajes, con sus pupilas rasgadas y un hambre voraz, devoraron sin descanso

todas las ratas de la peste hasta que la ciudad quedó libre de todo rastro de la plaga. Los gatos fueron los auténticos salvadores de la ciudad, y Antonella quizás era demasiado estúpida para entender aquellas palabras como un cuento, pero Brina sí sabía leer las advertencias veladas que la historia traía.

Acto Segundo

Venezia è sacra



—¡Es una estupidez! —zanjó la Señora de un plumazo.

Al volver al lupanar, Brina obligó a Antonella a contar a la dueña de la casa del Arco el «nimio» chismorreo que el *dottore* Beretta le había confesado. La mujerona, visiblemente afectada, les dio la espalda intentando ocultar su turbación.

La Señora temblaba, y la pelirroja no supo si de enfado o terror. Las tres se encontraban en la lavandería, rodeadas de montones de sábanas almidonadas y algunos corsés colgados de cuerdas de tender. Apenas había luz allí dentro, era uno de los lugares más descuidados del edificio. Brina y Antonella se abrazaban asustadas, esperando algo más de su patrona.

—Entonces, ¿no creéis que sea cierto? —se atrevió a preguntar la pelirroja.

La Señora, aún de espaldas a ellas, guardó silencio. Con gestos lentos se alisó la tela de su corpiño, intentado ordenar sus pensamientos. Supo al instante que las chicas estaban asustadas. Se obligó a recomponerse y, por fin, se dio la vuelta.

—Venecia es sagrada, y ahora está segura —respondió componiendo un gesto afable. Sabía que sus chicas la necesitaban. Habían vivido siempre al amparo de su amorosa guía, y haría el esfuerzo por ellas a pesar de los funestos chismes que traían y la terrorífica sombra de la parca. Las dos cortesanas, aún abrazadas, suspiraron tranquilas ante aquella afirmación. Brina, al instante, se sintió reconfortada por las palabras de su patrona.

—Ahora id a dormir —continuó la Señora, que dio un par de pasos hacia

las chicas, alargando la mano sobre la cara de la pelirroja para acariciar su blanca mejilla cuajada de pecas—. Mañana ambas tenéis trabajo y debéis descansar para estar frescas.

Brina seguía enfadada con Antonella, y la oronda cortesana lo sabía. La meretriz tenía un carácter fresco y abierto, y ella había aprendido a leerlo a la perfección. Juntas enfilaron las angostas escaleras de madera que llevaban a las habitaciones y, al llegar al pasillo, la pelirroja salió por delante al corredor, dispuesta a irse a su cuarto. Antonella ralentizó el paso, casi deteniéndose, y Brina bufó irritada a sabiendas de que su amiga volvería montar una escena. No se equivocó; desde atrás le llegaron sus sollozos ahogados. Suspirando resignada, se dio la vuelta y volvió a su lado. Por un segundo se preguntó quién sería capaz de aguantar los berrinches de su amiga si ella no estuviese allí.

—Calla, vas a molestar a las visitas —susurró Brina con sequedad mientras rodeaba a Antonella por los hombros con el brazo izquierdo.

Que ellas no tuviesen trabajo aquella tarde no significaba que el resto de las chicas no estuviesen atendiendo a las visitas.

—No quería hacerte enfadar... —dijo hipando Antonella, mirando al suelo. A Brina aquel gesto le pareció cómico y le arrancó una sonrisa—. Además, ahora estoy asustada.

—Ya has oído a la Señora —comenzó a decir la pelirroja, todavía en voz baja, mientras secaba las mejillas de su amiga con los dedos—. Venecia es sagrada.

Tras varios días de trajín, por fin las dos estuvieron libres de nuevo. Casi a rastras, Brina obligó a Antonella a acompañarla a casa de su protector: el *dottore* Beretta. La Señora, intentado animar su semblante sombrío, las había enviado allí en busca de algunas respuestas. Juntas atravesaron la plaza de San Marco, llegaron a San Polo tras cruzar el puente dell'Academia y, después de dejar atrás el *sotoportego* del Cavalli, llegaron a la casa del *dottore*. Antonella pasó largos minutos golpeando el portón de madera con los nudillos, recibiendo el eco apagado de sus golpes como única respuesta mientras Brina, doblándose todo lo que el corsé le permitía, intentaba mirar a

través de los postigos en el interior de la vivienda. Se abanicaba con una mano y, con la otra, intentaba amortiguar un poco de la luz del sol que le impedía escrutar en la penumbra. Allí dentro estaba oscuro como boca de lobo, parecía poco probable que hubiera nadie envuelto en aquella negrura. Al poco, sus ojos azules se acostumbraron a las sombras y pudo adivinar un par de siluetas, una silla tirada en el suelo, algunos cuadros que faltaban en la pared y un baúl abierto de par en par, como una boca de madera que reclamase alimento. Pronto llegó a la conclusión de que aquella casa había sido cerrada a cal y canto hacía varios días. Tras hacer entender a Antonella que no encontrarían al *dottore* allí, resolvieron volver a la casa del Arco.

Muchos habitantes de la ciudad las conocían y las saludaban a su paso cuando las encontraban en las calles. Normalmente ellas les devolvían el gesto con quedos y refinados movimientos de cabeza, pero, esta vez, las dos andaban pensativas. Antonella, cabizbaja, sollozaba en silencio mientras cruzaba ambas manos sobre el vientre, y Brina, con un deslumbrante vestido color crema, andaba a su lado tomándola del brazo, refrescándose con su abanico de encaje de Bruselas. Las dos se preguntaban qué habría sido del buen doctor.

—No puede haberse marchado —lloriqueó por fin Antonella, aún con la cabeza gacha. En aquel momento la pelirroja supo que la pena de su amiga era sincera—. Él era mi protector. No se habría marchado sin despedirse. Brina no pudo más que asentir ante aquellas palabras, por una vez, la pobre Antonella tenía razón.

Aquella misma tarde, después de que las chicas informasen a su patrona del poco éxito de sus exiguas pesquisas, la mismísima Señora salió de la calle del Arco en busca de información. Volvió ya casi de madrugada y con la tristeza pintada en el rostro entró en la habitación de Antonella para informarla de que su protector se había marchado de la ciudad, y de que era muy improbable que regresase algún día. Los llantos de Antonella, desgarrados y sinceros, arrancaron de los brazos de Morfeo incluso a sus vecinos de Zorzi.

Acto Tercero

La negra garra del destino



Días después los vientos del siroco se habían esfumado, pero el calor sofocante —demasiado sofocante— para aquella época del año, parecía que jamás iba a abandonar Venecia. Las chicas se encontraban reunidas en la habitación de Antonella, todas intentaban animarla y consolarla tras conocer el triste abandono de su protector. Al fin y al cabo, ninguna de ellas estaba libre de aquella desgracia. Un protector era a menudo un hombre adinerado, si no rico, que tomaba bajo su protección a una cortesana, pagaba sus caprichos y velaba por ella durante el tiempo que estimase oportuno, normalmente durante todos los años de servicio en aquella ciudad. Brina, gracias a su pelo rojo y su cara de ángel, había conseguido al suyo hacía muchos años, al poco de comenzar a ejercer en la calle del Arco y, igual que el resto de las chicas de la Señora, se había sentido desolada y asustada a partes iguales al saber de la desgracia de Antonella. Aquella tarde hablaban animosas, chismorreando de temas sin importancia, comentando que el calor no parecía acabar. Era raro que tuviesen tardes tan desocupadas como aquella, pero paulatinamente el trabajo había ido disminuyendo para todas por igual, así que, tranquilas, aprovechaban aquellos momentos de descanso, sabedoras de que los hombres, ricos o pobres, eran como el siroco; aparecían y desaparecían a merced de sus calores.

La campanilla de la entrada sonó por fin, tintineando pizpireta. La Señora, pocos minutos después, entró en el cuarto sin llamar a la puerta, y al instante todas guardaron silencio, expectantes.

—Brina, ve a tu cuarto: tienes visita.

La pelirroja, siempre arreglada y dispuesta, salió de allí presta,

perseguida por las miradas de sus compañeras, que podrían seguir haraganeando tranquilamente en su ausencia. Atusándose el cabello y arreglándose el vestido de seda brocada en azul que llevaba puesto, se preguntó quién sería su visitante. Al llegar frente a la puerta de su habitación sus dudas se despejaron al percibir el perfume dulce de las especias con las que comerciaba su protector. Encantada, suspiró cerrando los ojos, intentando rebajar el nerviosismo de la anticipación por lo que la esperaba en la habitación. Despacio, accionó el pomo de la puerta y entró, sonriente y emocionada como una niña, cerrando la puerta tras de sí y apoyando la espalda en la hoja.

Luca Sarter.

No se había equivocado y su protector, el señor Sarter, estaba de pie frente a ella, tan solo a unos pasos de distancia. Él se dio la vuelta y le devolvió la sonrisa, mostrando una hilera de dientes perfectos y blancos en contraste con su tez atezada por el sol del Mediterráneo. El corazón de Brina comenzó a dar saltos de alegría aún atrapado bajo el corsé. Una vez más, había tenido suerte en la vida. Apenas había comenzado a ejercer como cortesana cuando conoció al mercader de especias. Tras un par de citas él le propuso convertirse en su protector y ella aceptó emocionada. El duque de Sarter siempre afirmó amarla con locura, y Brina jamás dudó de su palabra. Ella sabía que podría contar con él hasta el final de sus días. Era un hombre que apenas sobrepasaba los cuarenta y cinco, tenía el cabello castaño claro, casi dorado y lo llevaba largo hasta los hombros, siempre despeinado, muy adecuado para un noble veneciano. Su piel era morena a causa del sol, pues normalmente comandaba alguno de los barcos de su gran flota que navegaba por la ruta de oriente, trayendo a Europa la mayor parte de las especias que se consumían en occidente. Era alto, guapo, bien formado y, además de noble, también era muy rico.

—Señor Sarter... —lo saludó Brina casi en un susurro.

Él posó en ella sus ojos oscuros y profundos y por un momento el mundo se detuvo. Sarter guardó la distancia en silencio y Brina pensó que había un brillo extraño y poco habitual en su mirada. Aun así, no podría haberle encontrado más arrebatador.

—¿Cómo han ido sus negocios en...? —comenzó a preguntar nerviosa. Él

no dejaba de mirarla con aquella expresión indefinible. Dio un par de pasos ansiosos hacia ella.

—Ahora no —la cortó Sarter con brusquedad y de nuevo sin mediar palabra fue hasta ella para abrazarla con violencia. Ella suspiró en cuanto la tuvo entre sus brazos.

Ávido, Sarter la besó con vehemencia. Las manos arrebatadas del protector buscaron los cierres del vestido, liberándola con premura de la opresión de su corsé. De un tirón, bajó el escote de su vestido y, hambriento, buscó sus pechos con la boca. Brina, al notar el contacto de los cálidos labios sobre sus senos ahogó un gemido. Para Sarter aquel sonido quedó fue como una exhortación y, besándola de nuevo en la boca, volvió a abrazarla deslizándose la mano bajo sus enaguas. No sin esfuerzo consiguió levantar la pomposa falda del vestido azul de Brina, mientras se afanaba en desabrocharse el cinturón y deshacerse de sus calzones con la mano libre. Ella no dejó de cimbrarse contra su cuerpo firme en ningún momento, a la vez que lo devoraba a besos. Sarter entró en Brina con un empujón decidido y voraz, pero a ella no le importó. Extasiada, echó la cabeza hacia atrás, recibiendo con un gemido. Él respondió con un gruñido bajo. Brina levantó una pierna, rodeando la cadera del hombre, dándole más cabida dentro de sí, y él comenzó a moverse rápido y rudo, tomándola de forma salvaje, a medio vestir y de pie, apoyados sobre la puerta de madera que crujía quejumbrosa con cada nueva embestida.

Horas después ambos estaban completamente desnudos y tirados sobre la cama. Sarter había vuelto a tomarla, y por la forma en que la miraba no pensaba dar descanso a Brina aquella noche. El duque estaba tumbado de lado, cubierto con una de las sábanas de seda rosada hasta la cintura, con el codo doblado sobre el colchón y la cabeza apoyada en la palma. Tenía el pelo húmedo por el sudor y su pecho subía y bajaba sereno. Con la mano libre, acariciaba el vientre y los pechos desnudos de Brina, deleitándose con el cuerpo esbelto de la muchacha y su piel blanca perlada de pecas. Ella estaba exhausta, empapada de sudor y con los ojos cerrados, tendida indolente en la cama con los brazos levantados por detrás de la cabeza. Su espesa cabellera del color del fuego se desparramaba sedosa y brillante por los almohadones,

acaparando todo el espacio. Al sentir de nuevo el tacto suave de los dedos de Sarter jugueteando sobre su lechosa piel, esbozó una amplia sonrisa y giró la cabeza para mirarle directamente. Él no había dejado de mirarla con aquella expresión extraña durante toda la noche, aunque, al menos, ahora volvía a sonreír.

—¿Qué pasa? —preguntó Brina en voz baja. Se sabía confesora de su protector, así que habló confiada y serena.

—No quiero olvidarte nunca —concedió él como única respuesta, antes de volver a cernirse sobre el cuerpo cálido de la cortesana.

Apenas durmieron. Pasaron la noche rodando entre las sábanas de seda, amándose como el primer día. Brina apenas tuvo tiempo de pensar en nada más que no fuese complacer a su hombre, pero de haberlo hecho, habría comprendido algunas cosas.

Un poco antes del amanecer consiguieron conciliar el sueño. Las pocas horas dormidas fueron calurosas y pesadas. Como era costumbre en ella, Brina buscó con la espalda el contacto robusto del pecho de Sarter y él la envolvió en un posesivo abrazo para acabar durmiendo sobre su cuerpo. A pesar de que apenas habían descansado un par de horas, despertaron temprano. Era imposible conciliar un sueño sereno y duradero con aquel calor.

Brina se levantó de la cama, perezosa, estirándose como un gato blanco y colorado, colocándose sobre el cuerpo caliente el kimono de seda que Sarter le había traído años atrás de oriente. Con pasos lentos y el pelo revuelto abrió los postigos de las ventanas, dando paso al sol de la mañana. Sarter tardó poco en vestirse bajo su atenta mirada. Sabía que él estaba casado, que era imposible mantener una relación con su protector más allá de la que ya tenían, pero, en secreto, soñaba que algún día le pidiera que abandonase la calle del Arco y huyese con él a explorar tierras lejanas. Se veía abrazada a su cintura, sobre la cubierta de madera de cualquiera de sus barcos, con la larga cabellera a merced de los vientos alisios. Si eso algún día pasara, Brina estaba segura de que diría que sí, que dejaría aquella vida a pesar de lo feliz que era, sin dudar un segundo.

Sarter, taciturno, evitó la mirada de la cortesana desde que salió de la

cama.

—¿Qué pasa? —insistió ella. Estaba segura de que algo daba vueltas dentro de la cabeza de Sarter, y quizás no fuese algo bueno. No supo por qué, pero los llantos y alaridos que profiriese Antonella noches atrás volvieron a resonar claros en su mente.

Sarter la miró por fin, pero no dijo nada, aunque sonrió. Brina se sacudió la roja cabellera, intentando disipar el griterío que se había instalado en su mente. El protector, por fin vestido y arreglado para salir, fue hasta el escritorio y cogió un estuche de piel, además de una pesada alforja.

«¿Eso ha estado ahí toda la noche?», se preguntó Brina. Dentro de ella comenzó a formarse un peso frío que la dejaba anclada al suelo.

—Bri... —comenzó a hablar en voz baja Sarter. Ella le miró seria, y deseó que el duque volviese a callar—. Sabes que te amo, ¿verdad?

Ella asintió mordiéndose los labios. Se sentó despacio en el alfeizar de la venta. Intentó sonreír, pero las lágrimas ya asomaban a sus ojos. Sarter sonrió con ternura al ver aquel gesto tan poco habitual en ella.

—¿Vas a marcharte? —preguntó Brina casi en un susurro. Él, todavía sonriendo, mirándola directamente a los ojos, asintió. La cortesana bajó el rostro, intentando contener un sollozo sin éxito alguno.

—En esta carpeta... —comenzó a hablar de nuevo Sarter. Ella tenía aun la cabeza gacha, y él le tomó el rostro con la mano libre para, con delicadeza, obligarla a mirarlo. —Escucha esto, es importante.

Brina asintió obediente. A pesar de que no podía dejar de llorar, intentó sonreír. Sarter, colmado de amor, la besó dulcemente en los labios.

—En esta carpeta está mi promesa de cuidarte toda la vida. —Carraspeó un poco. Su tono era firme y había afecto en su voz—. Te di mi palabra y pienso cumplirla.

Sin más, le entregó la carpeta. Brina, con manos temblorosas, desabrochó el nudo que la mantenía sellada y sacó varios papeles de su interior. Aún con los ojos y la cara húmedos, leyó las vitelas. Estupefacta, miró a Sarter y después los papeles, para de nuevo mirarle a él con la boca abierta como si fuera tonta.

A duras penas podía creer lo que allí había escrito. Al menos, él había conseguido que dejase de llorar.

—Luca... —susurró, llamando a su protector por su nombre de pila por primera vez. Él ensanchó la sonrisa y volvió a besarla, con más vehemencia. En cuanto separó los labios de los de la pelirroja, continuó hablando.

—A partir de ahora serás la duquesa de Sarter. —Aquellas palabras cayeron con aplomo sobre Brina. Él, separándose, le alargó la alforja—. Y con esto podrás establecerte donde quieras. Sé que eres lista y lo invertirás bien, si te administras con cabeza vivirás el resto de tu vida sin estrecheces.

—¿Por qué? —inquirió en apenas un susurro. Apartó un poco una de las solapas de las alforjas e, incrédula, observó la pequeña fortuna que guardaban.

Sarter no mentía.

—Debes marcharte de Venecia —sentenció él, dando unos pasos hacia la puerta y poniéndose su chaqueta de cuero—. Las cosas se van a poner feas por aquí, y me partiría el corazón que te ocurriese algo. Yo me marcharé con mi familia mañana mismo.

—¿Y a dónde iré? —preguntó Brina con sincera preocupación y amargura—. Las cortesanas no tenemos muy buena reputación fuera de Venecia. Este es nuestro lugar.

Sarter, de nuevo cariñoso, desanduvo sus pasos y se situó frente a ella, acariciando con ternura su cara perlada de pecas. Mirándola amorosamente a los ojos, habló de nuevo:

—Ve a Versalles, allí estarás bien.

Brina había oído hablar de Versalles. Para ella y el resto de las chicas los relatos del Rey Sol y sus maquinaciones sobre un palacio en el bosque eran más cuentos que noticias certeras. Para el resto de las cortesanas de la calle Arco, el tirano rey Luis XIV no era más que un personaje lejano y en ocasiones irreal, pero Brina no estaba segura de si a aquel hombre de tierras distantes se le podía tomar como a una fábula. Era consciente de que las Provincias Unidas eran un hervidero de disidentes fruto de los escauceos del Borbón con el poder y su falta de paciencia, y en alguna fiesta incluso se había

oído comentar que un jovencísimo Guillermo de Orange pronto tomaría el mando y pondría coto a los desmanes del rey de Francia. El hombre que se creía el centro del universo. No, Brina no pensaba viajar hasta Versalles para vivir a merced de los caprichos de un tirano. No abandonaría Venecia, en aquel hogar había conseguido ser libre hasta el momento, valerse por sí misma, y no estaba dispuesta a ceder un ápice de su ser.

Sarter se fue poco después de la charla. Entre abrazos y sollozos se juraron amor eterno, pero Brina, al verle alejarse con paso sereno hasta abandonar el callejón del Arco, no estuvo segura de si el de ellos sería uno de esos amores que no muta ni cambia con el tiempo y la distancia. La marcha del duque la dejó desolada. Compungida, se permitió pasar el resto del día en su habitación compadeciéndose de su desdicha. Sin comprender cómo había pasado, había roto una de las reglas básicas de las cortesanas enamorándose irremediabilmente de su protector. Ambos habían sucumbido, y era aquello lo que más la apenaba. Si hubiese sido tan solo una chiquillada por su parte habría cargado con las consecuencias y con la pena sin mediar palabra, pero ella sabía que Sarter también la amaba. Como todos los nobles, él había sido obligado a contraer matrimonio por conveniencia, uniendo así su estirpe a la del mismísimo dogo de Venecia, y afianzando aún más el poder y la riqueza de su familia. Brina, entre llantos, tuvo la amarga certeza de que si ella le hubiera rogado Sarter habría aceptado llevarla con él encantado.

Decidida, no contó ni una palabra a nadie en la casa del Arco de lo que había sucedido en su habitación aquella mañana. Inmersa en su desesperación, resolvió también que no abandonaría Venecia, ya que, si todos se equivocaban, si al fin no había plaga alguna, en cuanto Sarter volviese no sabría dónde encontrarla.

Aquella idea era una tortura mayor que la marcha de su amado. Al día siguiente pasó la mañana carcomida por los nervios. Una y otra vez imaginaba el enorme navío de Luca abandonando el puerto para no volver jamás, y su corazón amenazaba con detenerse allí mismo. Cuando no pudo soportarlo más, salió a toda prisa hacia Giudecca. Su mente racional le gritaba que su protector se habría marchado para cuando llegara. Pero había otro lugar dentro de ella, otro que no había sido jamás invadido por nadie, en el que se permitía soñar con cuentos de princesas y amores imposibles, quizás más adecuados para las niñas que para una meretriz.

Desde la *fondamenta Zattere* llegó al puerto a primera hora de la tarde. Alquiló una góndola que la llevó presta al enorme puerto. Aquello era un hervidero. De aquí para allá deambulaban marinos, porteadores y tripulantes que con miradas frenéticas buscaban sus barcos asignados, cargando bártulos y baúles. Brina, que jamás había estado en aquella zona de *La Serenissima*, tuvo que pedir indicaciones un par de veces.

El viento cambió de repente.

La laguna, por lo general tranquila, comenzó a escupir olas furiosas colmadas de espuma blanca, y su superficie se agitó cargada de malos presagios. A paso apresurado, llegó hasta el embarcadero propiedad de la familia Sarter. El agua salada del mar salpicó pesada los maderos de la plataforma de salida. La laguna se abría y moldeaba para dar cabida al enorme buque especiero que, parsimonioso, abandonaba el puerto de Venecia para no volver jamás.

Brina y su buena fortuna habían llegado tarde al momento más decisivo de su vida.

Con los ojos anegados por las lágrimas, no pudo más que dejarse vencer por la pena sobre las tablas de madera. Viendo alejarse la enorme silueta del bajel, de rodillas, abrazándose y doblándose con esfuerzo, la meretriz lloró desconsolada hasta que las aguas que lamían sin descanso las cosas de Venecia volvieron a yacer en paz, reflejando serenas el dorado atardecer sobre un espejo de mar, olvidando el paso de cualquier barco que las hubiese surcado jamás.

Ya anochece sobre la ciudad flotante cuando Brina volvió a poner los pies sobre la *fondamenta Zattere*. Derrotada, vencida por primera vez en la vida, tomó la mano firme del gondolero para volver a la realidad. Este se había ofrecido a llevarla de vuelta a casa. Siguiendo la *fondamenta* hasta el canal del río del Vin habrían llegado en apenas media hora, pero Brina, apretando los labios para contener la pena, declinó la proposición.

—Pasear me hará bien —arguyó, sabiendo que caminar por los lugares que tanto amaba la consolaría.

—Todo estará bien, señorita —comentó el gondolero en un vano esfuerzo por animarla.

—Gracias —concedió ella como parca respuesta. Intentó esbozar una sonrisa, pero su cara no reflejó más que una amarga mueca de melancolía.

Calándose la capucha de su capa de crespón marengo, se despidió del hombre con un gesto quedo y enfiló el camino hacia el puente que desembocaba directamente en el palacio Cavalli. Caminó durante más de una hora hasta llegar a la torre dell’Orologio, no tenía prisa por llegar a su dormitorio vacío en la casa del Arco. En otro momento habría disfrutado de un paseo largo como aquel, sola en plena noche. Durante los días ajenos al carnaval *La Serenissima* era una ciudad segura hasta al amparo de la oscuridad. Venecia era una ciudad caótica en cuanto a vida y estructura, pero era un descontrol fiable. Las calles y canales parecían contruidos sin ton ni son, a merced de las islas dadas caprichosamente por la naturaleza. Por la noche ofrecía un aspecto retraído y cómplice, cargando así el aire de una magia misteriosa y desconocida. Brina, con la cabeza envuelta en una bruma de tristeza, caminaba cabizbaja, imaginando entre lágrimas cuál habría sido el final justo para aquel amor.

Fue por eso que no lo notó hasta que estuvo en el callejón de la Castagna.

Al entrar en el estrecho pasaje, uno de los más angostos de Venecia, apoyó las manos a ambos lados de la calle. El espacio era tan reducido que dos personas no podían entrar allí hombro con hombro. El calor no había cesado y, a pesar de que en las noches refrescaba, al entrar allí el ambiente se tornó soporífero y asfixiante. Distraída, la pelirroja se descubrió los hombros, liberándose con cuidado del abrazo protector de su capa e intentando refrescarse. No pensó que algo no iba bien hasta que el olor la golpeó tan fuerte que tuvo que contener una arcada. Asustada, miró al frente. Una mosca, gorda y negra, zumbó ruidosa hasta situarse frente a ella, intentado por todos los medios posarse en su cara. Dando manotazos consiguió espantarla, y entonces fue cuando la vio: al fondo de la calle, alta y negra, se alzaba una funesta figura. Al principio pensó que tan solo se trataba de un hombre enorme, pero pronto pudo apreciar que llevaba un abrigo negro de un tejido antinatural, que le daba aires torpes y reflejaba la tenue luz de los fanales de forma caprichosa. Brina, con el corazón latiéndole desbocado, se detuvo por fin, apoyándose en la pared del callejón. La figura se movió un poco, alzando la cabeza ante la súbita presencia de la chica, y en ese momento comprendió que quien fuese le estaba dando la espalda. Brina no dijo nada. A pesar de que

todos sus sentidos la exhortaban a huir de allí, algo la tenía anclada al suelo; una malsana curiosidad o quizás el deseo enterrado de acabar de una vez por todas con su sufrimiento. Aquel olor seguía allí, preñado de muerte y descomposición y de una amenaza subyacente que ella no era capaz de descifrar. En un gesto inconsciente, tal y como la Señora le había inculcado, Brina levantó la mano libre, arqueando los dedos quedamente, colocándosela frente al rostro para evitar que todo aquel hedor cargado de malos agüeros entrase en ella. Fuera quien fuera quien estaba frente a ella por fin se dio cuenta de que no estaba solo en aquel angosto lugar y, parsimonioso, se dio la vuelta para enfrentar a la visitante. La cortesana contuvo un alarido cuando los ojos muertos y negros de aquella máscara se posaron en ella. Aquel antifaz, como todo objeto inanimado, no podía reflejar emociones, pero en cuanto quedó al descubierto aquella faz picuda y cargada de horror, Brina gritó de puro terror por primera vez en su vida al comprender que aquel era uno de los funestos *dottori della peste*.

Acto Cuarto

Los dorados salones



Dejar Venecia fue incluso más duro que ser testigo de la partida de Luca. En cuanto llegó a casa aquella noche, al que hasta entonces había creído un hogar seguro en la calle del Arco, contó a la Señora todo lo que había pasado en apenas dos días. La mujerona escuchó en silencio todo el relato y, cuando acabó, sin mediar palabra, la abrazó estrechándola con fuerza, pero no soltó ni una lágrima. En aquel momento Brina deseó ser como ella. La despedida con Antonella fue mucho más trágica y lacrimosa, pero, al final, entre besos y abrazos, ninguna de las dos supo si reír o llorar. Brina, siempre honesta y generosa, se ofreció a compartir con ellas una parte de la pequeña fortuna que Sarter le había entregado, pero la Señora negó afablemente, alegando que durante aquellos años había conseguido acumular suficientes ganancias para mantenerse, ella y Antonella, por su cuenta. Al oír aquellas palabras, suspiró aliviada, no solo por tener la certeza de que las dos mujeres a las que más amaba sobrevivirían a cualquier percance, también porque, por fin, la Señora y Antonella podían vivir la vida de hija y madre que les había sido arrebatada.

Días después, de nuevo en el puerto de Giudecca, tomó un barco que, bordeando la costa del Lido, la llevó hasta Rimini. Una vez allí alquilaría un coche de caballos hasta Milán, para después ir encadenando tristes destinos y posadas hasta Versalles. Elegir la ruta del sur no había resultado una ardua decisión; era más larga y desagradecida que la que le ofrecía el Sacro Imperio, pero prefirió mantenerse lejos de la casa de Habsburgo y el palacio medieval de Ambras. Si bien era cierto que Luis XIV había contraído matrimonio con una Habsburgo, también lo era que había sido un matrimonio de conveniencia. Con aquella unión las dos familias consiguieron acabar con la guerra entre Francia y España y establecer la nueva frontera en los Pirineos,

pero, aun así, las reticencias seguían por parte ambos, prueba de ello eran las crecientes revueltas en las provincias unidas, así que la decisión de alargar el viaje no fue difícil de asumir: si algo debía hacer una cortesana, era mantenerse al margen del conflicto. Brina abandonó *La Serenissima Repubblica di Venezia* a finales de mayo, y entró en París por el Cantón de Charetón, cruzando el puente de Alfort sobre el Sena, a mediados de junio.

Tal y como Sarter dijo, Brina era lista, y además tenía cabeza para los negocios. Al poco tiempo de establecerse en Versalles, donde fue aceptada dado su nuevo rango, contrató un terrateniente en la capital y bajo sus precisas instrucciones invirtió en bienes raíz, telas y grano. Sembró la semilla de un nuevo imperio y, siempre vigilante, se estableció en el palacio hasta que el destino decidiese utilizarla en aquella partida de ajedrez en la que se estaba convirtiendo su existencia.

La vida en el palacio dorado era apacible. Demasiado para la veneciana opinión de la pelirroja. No tuvo ningún problema en entrar a formar parte del ingente grupo de cortesanos que deambulaban y nadeaban día tras día en Versalles. Fue aceptada como una más de ellos, pero en su fuero interno, Brina sabía que al pertenecer a la nobleza extranjera jamás tendría los mismos privilegios que los aristócratas franceses, y aquello la molestaba; sabía que había sido admitida para cobrar nuevos tributos, ya que el aspecto deplorable que la capital ofrecía y la incipiente guerra dejaban al descubierto la decadencia del imperio bajo el mandato del Rey Sol y su falta de fondos.

Durante el día pasaba las horas muertas jugando a las cartas en los salones, cuando no salía a cabalgar o a atender sus negocios en París, pero, por primera vez en su vida, durante las noches era libre de elegir a sus amantes. En cuanto la llamativa Brina, pelirroja y con la blanca piel surcada de pecas, bajó un pie del carruaje sucio de barro del camino y lo posó sobre el pavimento de Versalles, comenzó a recibir ofertas. Nadie sabía nada de su pasado como cortesana, y a ella no le hubiese importado que saliese a la luz; se sentía orgullosa de quien era, pero para aquellos personajes de teatrillo pensar que alguien como ella hubiera sido una vulgar meretriz era algo inconcebible, ¿acaso no era una noble como ellos? Esa posibilidad les dejaría expuestos a ellos y a sus frágiles egos, y ser vulnerable en aquel palacio de intrigas y secretos era una debilidad imperdonable. Tras pocas semanas bajo el ala protectora de Versalles, Brina ya había tomado como amante habitual a

un joven conde: un sureño apellidado Cuvier, un hombre que rondaba los cuarenta, de melena larga y espesa y ojos del color de la miel. A ella le satisfacía, era guapo, tenía buen cuerpo y mejor aguante. Además, era tan estúpido como para hacerle los regalos caros que ella no solicitaba. A pesar de su mala conversación, aburrida y simplona, Brina lo aceptó por sus otros dones, y porque, al fin y al cabo, ¿de qué iba a conversar ella con cualquier francés?

—Dios, Bri... —gorgoteaba jadeante Cuvier con voz ronca. Era casi de madrugada y la pelirroja se había estado entregando a fondo. Exhausto, tras salir del cuerpo de Brina, el conde había conseguido tenderse bocarriba con los ojos cerrados y los brazos en cruz sobre las finas sabanas de algodón. Estaban en los aposentos de la veneciana, y aunque él estaba agotado, ella no había hecho más que empezar. Por primera vez desde que llegase a aquel aburrido lugar, tenía un plan concreto, e iba a dar lo mejor de sí para verlo cumplido—. Eres fantástica.

—Brina, no me llames Bri —respondió secamente a la vez que se incorporaba, saliendo completamente desnuda de la cama.

Los postigos de las ventanas estaban abiertos y la habitación se mantenía en penumbra, apenas iluminada por un par de velones aquí y allá. Brina, contoneando las caderas, fue hasta un aparador y con tranquilidad se llenó una copa de vino para después volver a la cama con sus andares felinos. Su cuerpo, de piel blanca como la nieve, parecía brillar en la oscuridad, sensual y exuberante.

—Brina... —susurró Cuvier obediente al tiempo que volvía la cabeza y la miraba, deleitándose con la imagen que ella ofrecía.

Sabiéndose deseada, ronroneante, Brina se sentó de nuevo en la cama con las piernas cruzadas, tan cerca del hombre que casi se tocaban sus cuerpos. Sostuvo distraídamente la copa con una mano y mientras, con la otra, comenzó a acariciar el torso del conde. Él gruñó de placer y volvió a cerrar los ojos satisfecho.

—¿Sabes? Últimamente no te estás portando bien conmigo... —comenzó a decir. El guapo patán que seguía estirado como un gato al sol en su cama asintió sonriendo, bobalicón. Quizás no había entendido las palabras de Brina o, por el contrario, las estaba tomando como la advertencia de un nuevo asalto

—. Es una lástima, pero creo que tendré que buscar otra compañía.

Cuvier se incorporó como accionado por un resorte. Aún empapado en sudor, el terror se dibujó en su rostro y, de un salto, se postró de rodillas frente a Brina, apoyando las manos en el colchón, al borde del llanto.

—No —balbuceó en tono lastimero. Brina tuvo que reprimir una risa ante aquel comportamiento tan infantil y estúpido—. ¿Qué he hecho? Por favor...

—Bueno... —Brina dejó su copa sobre la mesilla, y se puso también de rodillas, irguiéndose frente al noble. Él la miraba pálido, y ella se ofrecía juguetona. Con una mano, distraída, comenzó a enrollar en el dedo uno de los largos bucles de color fuego. Ladeando la cabeza, continuó hablando—. Todavía podrías arreglarlo.

Cuvier asintió vehemente y extendió los brazos hacia ella en una silenciosa súplica colmada de deseo. Brina, lenta y parsimoniosa, se movió hasta colocarse a horcajadas sobre él. A pesar de la mirada de desconcierto del conde, lo sentía rígido entre sus muslos. Pasó sus brazos alrededor del cuello del hombre, y este la abrazó con manos temblorosas. Lentamente, cimbreado como solo una cortesana veneciana sabía hacerlo, consiguió que Cuvier volviese a entrar deslizándose en su cálido interior.

—Brina... —susurró jadeante y colmado de deseo, aferrándose más a su cuerpo en movimiento, besándole el cuello y las clavículas—. Dime lo que deseas y te lo daré.

La pelirroja, cabalgando cuidadosamente a su amante a un suave tempo de adagio, sintiendo de nuevo el fiero despertar de sus entrañas, sonrió triunfal. Cerrando los ojos cernió aún más su abrazo, aprisionando la cabeza de Cuvier contra su pecho y, con la boca entreabierta, le susurró al oído:

—Quiero sentarme a la mesa del rey. Quiero vuestros privilegios.

Cuvier, asustado por las nefastas consecuencias que Brina había insinuado, cumplió su palabra sin vacilar. Una noche a principios de julio en la que el viento soplaba más fuerte de lo normal, agitando incluso las plácidas aguas del Bassin de Latone, ataviada con un vestido color ocre de crespón reluciente y el escote bordado con fina cristalería de Murano, la duquesa de Sarter entró serena en el Salón de Marte, lugar donde solía cenar el rey cuando concedía a

la corte la gracia de su compañía. Haciendo gala de su cortesanía veneciana, honrando todas las enseñanzas que la buena Señora había depositado en ella, la pelirroja, con el pelo de fuego recogido en primorosos bucles y adornado con diminutas flores amarillas y sus hombros blancos como la luna salpicados por lunares estrellados, fueron el centro de atención en aquella velada. Una vez más, como ya hiciera antaño, Brina hizo gala de sus excelentes modales: atendió a todo aquel que demandaba unos segundos de su atención, respondiendo con frescura y asintiendo con quedos movimientos de cabeza.

«Si la Señora hubiese estado aquí, habría estado orgullosa», la aguijoneó la nostalgia, hablando certera en su mente.

Llegado el momento del ágape, Brina, junto a su fervoroso amante, se sentó en el extremo más alejado de la mesa repleta de finas copas de cristal tallado y dispuesta en forma de u en aquel comedor de paredes enteladas en brocados rojos y blancos dinteles ribeteados en oro. Posó ambas manos sobre el mantel de lino egipcio, esperando a que el rey comenzase a comer, tal y como dictaba el protocolo, respirando pausada y tranquila.

La veneciana era como un foco de serenidad y belleza, una luz que brillaba todavía más que cualquier astro, y así lo percibió Luis. El Sire, atraído por el irrefrenable magnetismo de la cortesana, ladeó la cabeza y, sin pudor alguno, con María Teresa a su diestra y madame de Montespan a su siniestra, posó sus ojos azules y fieros sobre la fantástica imagen que Brina ofrecía, para después saludarla con un leve movimiento vertical de cabeza. Ella, mientras sus mejillas se teñían con un nimio rubor, cerró los ojos y reverenció al Rey Sol apenas bajando unos centímetros la cabeza. Luis amagó una sonrisa satisfecha y Cuvier apretó la mandíbula airado.

Brina, por su parte, de haber podido hacerlo, habría suspirado aliviada. El primer paso, el más difícil, estaba dado. A partir de ahí todo sería un camino cubierto de pétalos de rosa en aquel palacio que comenzaba a parecerle encantado.

El verano francés, al contrario que el veneciano, pasaba presuroso y sin apenas calor. La estación cálida en Versalles apenas llegaría a finales de agosto. Los habitantes de aquel palacio, franceses de pura cepa, lo sabían y, por ende, aprovechaban las horas calurosas y los largos días al máximo. A

aquella cena en julio en la que Luis se fijó por primera vez en su extraordinaria belleza le siguieron muchas más. Brina, por su parte, no tenía ninguna intención real en acercarse al Rey Sol, pero aquel frágil y hábil movimiento de cabeza la colocó en una nueva posición frente a la nobleza francesa y, poco a poco, fue convirtiéndose en una habitual de los picnics, fiestas, ágapes y demás eventos en el palacio. Con pesar, Brina había decidido que si no podía volver a su vida anterior, aquella que tanto había disfrutado, al menos intentaría que su nueva andadura se le pareciese lo máximo posible. A pesar de haber nacido entre pobres y despojos, en Venecia la pelirroja había disfrutado de una vida lujosa y distendida y, aunque fuera por costumbre, le costaba desprenderse de los viejos hábitos. Ella se movía entre aquella marea de apariencias y buenos modales como pez en el agua, los disfrutaba y se sentía realizada. Si tenía que vivir allí, al menos lo haría a su modo. Pero, a pesar de que estaba convencida de que aquel aburrido palacio no podría ofrecerle nada más, aquella tarde de agosto estaba a punto de descubrir cuánto se equivocaba. Disfrutaba junto al resto de cortesanos de una tediosa recepción en el parterre de Du Nord; charlas empalagosas y lentos paseos acompañados de algunas viandas. Nada especial. Moviéndose entre la multitud, golpeándose discretamente el busto cada vez que movía su abanico de encaje para refrescarse, llamando cautelosamente la atención sobre su fantástica figura, Brina había conseguido encontrar un grupo de viejos buitres burgueses que discutían animosos sobre la guerra en ciernes contra el de Orange.

El Sire, acompañado de su reducido círculo, tuvo a bien hacer acto de presencia en el jardín en aquel momento. Al amparo de la sombra que ofrecía una sombrilla de papel chino sostenida por un esmirriado, pero atento lacayo, Luis entró en escena. Con porte digno y la espesa cabellera cayéndole sobre los hombros en generosos bucles oscuros, agarrándose la solapa de la chaqueta de satén bordado en oro mientras ocultaba la otra mano a sus espaldas, caminó con parsimonia entre los asistentes, recibiendo gustoso loas y parabienes. A pesar de que el Rey Sol caminaba rodeado de todas sus cortesanas, sus amantes más cercanas, la roja cabellera de Brina y el espectacular azul de su vestido brocado de nuevo fueron una llamada de atención para él. Por un breve momento olvidó toda contención, a los invitados y a su compañía y, decidido, caminó hacia la veneciana. Ella lo vio

venir y con una fingida inocencia esperó a que aquella tormenta la alcanzase. Por suerte, el duque de Luxemburgo salió al paso, quebrando el camino del rey hasta Brina, abordándole e impidiéndole llegar hasta ella.

Brina suspiró aliviada.

No era que el Sire, teniendo en cuenta la erótica del poder, no le resultase atractivo, pero Brina consideraba que meterse en aquel jardín florido sería demasiado para una cortesana nacida en Canaleggio. Durante todo el verano ella y el rey habían estado interpretando aquel juego de miradas. Luis tenía fama de libertino, además de buen amante; prueba de ello era su pequeño ejército de cortesanas. Aun así, Brina no tenía ninguna gana de enfrentarse ni a la de Valliere, Montespan o a una Habsburgo cualquiera, sabía que batallar por un hombre como el tirano Luis XIV era una campaña perdida de antemano. Por el lado del catre estaba bien servida, y por el lado de la nobleza bien posicionada; ya no podía, ni quería, aspirar a más. Rápida y felina, Brina se movió entre la multitud, dispuesta a alejarse de aquel tumulto. Pensó que lo conseguiría cuando alguien tironeó de su brazo, agarrándola con firmeza y aplomo.

—*Duchessa Sarter...* —la saludó aquel hombre con un perfecto acento italiano—. Hace tiempo que me hubiese gustado charlar con vos.

—Monsieur de Lorraine —contestó ella, aliviada al comprobar que no se trataba de ningún rey, si no de Felipe de Lorena; aquel hermoso sátiro que a menudo bailaba al ritmo que marcaban los taconeos de las botas del duque de Orleans—. ¿A qué debo el honor?

Le Chavalier, ante tanta cortesía, soltó una risa recatada y fresca y Brina no pudo más que acompañarle. Aquel hombre, superficial y frívolo, encarnaba el espíritu mismo de Versalles, por mucho que les pesase al Sire y a su esposa, y aunque la cortesana había pensado en tantearle, decidió esperar a que fuese él quien se acercase. Al fin y al cabo, tenía entendido que un hombre de sus preferencias no la acecharía jamás.

—Venís de Venecia, ¿no es cierto? —preguntó el de Lorena. Lo hizo en voz baja, dirigiendo a la pelirroja una mirada pícara y cómplice. Ella asintió en silencio—. ¿Y sois una duquesa de verdad?

Brina se carcajeó sin pudor alguno. Aquel joven de cabellos rubios y cara

de ángel comenzaba a agradecerle.

—Ahora sí —respondió imitando la complicidad de Le Chavalier y este aspiró ufano, feliz de haber podido, por fin, entablar conversación con la codiciada duquesa de Sarter.

Acto Quinto

Caballos de guerra



Felipe de Lorena fue para Brina como agua de mayo. Pronto trabaron amistad, pues descubrieron que, salvando las distancias, compartían filosofía de vida y que sus mundos serían mucho más coloridos si caminaban juntos. Le recordaba a su querida Antonella, por su simplicidad y afán de atención, y aquello la reconfortaba. Brina descubrió en aquel muchacho de largos cabellos dorados a un joven afable y simplón; un pez de colores que luchaba por sobrevivir en un mar abierto y colmado de depredadores. Versalles había moldeado al de Lorena como un libertino sin escrúpulos, pero ella veía la verdad bajo toda aquella pintura hecha de apariencias y confabulaciones. Acudía con él a la mayoría de tediosos y fingidos eventos palaciegos, pero el de Lorena pronto le descubrió un mundo oculto en el palacio que no tardó en encandilar a la pelirroja. Junto al duque de Orleans, Le Chevalier era anfitrión de las fiestas más salvajes que se pudieran dar en Francia. En los dorados salones de Versalles, junto a las capillas y los cuadros de recatadas damas, un selecto grupo de juerguistas y hedonistas bebían, comían, apostaban y fornicaban de forma desenfadada, pero secreta, pues era necesario recibir una invitación especial para acudir a aquellos eventos.

La mayor parte del tiempo la pelirroja era mera espectadora de aquellas bacanales. No era una mojigata, pero bajo la tutela de la Señora aprendió a hacerse valer, así que, junto a sus nuevos compañeros de viaje, acudía a los salones secretos donde se maquinaban todas aquellas perdiciones, a menudo el salón de Diane. Rodeada de la opulencia de la estancia con las paredes de mármol de Carrara, los techos abovedados y el oro recamando cada rincón, además de los invitados que, libidinosos y disolutos, festejaban su libertad, se sentía de vuelta en Venecia.

Pronto llegaría la Navidad y Brina, por fin, había encontrado su sitio en aquel palacio.

«Luca tenía razón», pensaba taciturna. Sostenía una copa de vino adulterado que una chiquilla en enaguas le había preparado. No podía vivir del mismo modo en que lo habría hecho en *La Serenissima*, pero todo aquello se le parecía bastante, y con eso se conformaba. Había repudiado a Cuvier a finales de septiembre, hastiada de su patanería y a pesar de sus lastimosas suplicas, y no había vuelto a tomar un amante fijo por el momento. Aquella noche, pese al pérfido ambiente de fiesta que se desarrollaba en el salón, Brina se descubrió melancólica, recordando de nuevo a su protector. No había dejado de pensar en él jamás, pero en aquellas fechas la añoranza era mayor. Suspirando, dejó la copa sobre una mesilla y se dispuso a salir del salón.

«Un poco de soledad me hará bien», pensó hastiada.

Apenas había andado un par de metros cuando lo vio.

A escasos pasos de ella, le daba la espalda la fornida figura de Sarter. O, al menos, eso fue lo que su mente atribulada gritó. Presurosa, olvidando al resto de la concurrencia, corrió hasta él, apartando cuerpos embriagados sin miramiento.

—Luca... —susurró cuando estuvo a apenas unos centímetros de él, pero el hombre no se volvió. Tenía la misma figura que Sarter; alta y de hombros anchos y bien formados. Además, el cabello, rubio y oscuro, le caía hasta los hombros algo alborotado. Brina, conteniendo lágrimas de emoción, no dio pábulo a la indiferencia del otro y, ensimismada, alargó la mano hasta tomar en sus delicados dedos uno de los mechones de la alta figura.

Entonces él se volvió.

Ella contuvo el aliento, deseando perderse de nuevo en los ojos oscuros de su protector, del hombre que le había regalado aquella nueva vida; el único al que había amado. Pero en cuanto se volvió del todo tuvo que exhalar una maldición, ya que sus ojos no eran negros, sino verdes. Él no era Sarter, pero se le parecía mucho.

Brina se mordió los labios conteniendo una y mil blasfemias, y el extraño compuso un gesto de curiosidad. A pesar de que debería haber salido corriendo, a pesar de que se sentía ridícula y pequeña, Brina no retiró la

mano, todavía enredada en el cabello del falso Luca. Él malinterpretó el gesto y se pegó a la pelirroja, aplastándole los pechos, atrapados bajo el corsé, contra su torso fornido. Ella suspiró por la nariz a pesar de tener la boca entreabierta. Él acercó el rostro poco a poco, buscando tímidamente con sus labios los de ella. La pelirroja respondió introduciéndole en la boca su lengua ávida y ardiente. Una noche más, añoraría a Sarter y su cariño, pero al menos se consolaría con aquel desconocido.

Calvin Belmont, que era como se llamaba aquel hombre arrebatador, no era Luca Sarter, pero se le parecía. Igual que el antiguo protector de Brina, aquella misma noche se descubrió como un amante entregado y complaciente, que daba sin temor y exigía en su justa medida. Belmont era un soldado de alto rango que había servido con el de Orleans, a quien tenía en alta estima. Por eso había acudido a la fiesta; por expresa invitación de Felipe, algo por lo que Brina daba gracias en secreto.

Como ocurrió con su protector, Calvin le juró amor eterno a las pocas semanas, y Brina se aferró a aquella promesa con renovadas esperanza e ilusión. Por primera vez desde que llegara a Versalles, Brina dejó de pensar en Sarter y se concentró en su felicidad. Ninguno de los dos sentía la necesidad de contraer matrimonio, pero el soldado no tardó en mudarse al lujoso departamento que Brina ocupaba en el palacio. Él no tenía derecho propio para vivir allí, pero la pelirroja alegó que había sido contratado como guardia personal, y nadie puso objeciones. Juntos, iniciaron así una vida que los colmaba de felicidad. La relación de amistad con la extraña pareja formada por los dos Felipes; el de Lorena y el de Orleans, se afianzó hasta alcanzar niveles férreos. Juntos participaban en las fiestas que organizaban, y como Belmont no pertenecía a la nobleza, Brina dejó de asistir a las recepciones reales y a los actos de pleitesía.

Junto a Calvin, descubrió que no necesitaba de toda aquella parafernalia para vivir feliz, tan solo cariño y los verdes ojos de aquel que se parecía tanto a Sarter.

Tras más de un año de amor infinito en el palacio de Versalles, la guerra, por fin, estalló en la frontera norte. El recién nombrado estatúder, Guillermo de Orange, azotaba con fiereza las ciudades francesas, y el rey Luis no tardó

en responder. Felipe de Orleans, su hermano, suplicó hasta que fue enviado a la batalla. Estaba ufano y lleno de vida, pero como consecuencia convocó a su cohorte de soldados y mandos para que marchasen junto a él.

—Felipe necesita a sus hombres de confianza —razonaba Belmont frente al latente enfado de Brina—, y sabes que soy uno de ellos. No puedo fallarle.

—Pero sí me fallarás a mí —aseveró la pelirroja, tajante.

Estaba apoyada en el marco de la ventana de su florido salón, sobre un recamado sofá de color verde al que se aferraba con una mano, retorciendo la tela, descargando su ira contra algo que no fuese aquel hombre que de buenas a primeras planeaba abandonarla. En cuanto hubo hablado se dio la vuelta y, abrazándose, se quedó mirando por la ventana, intentado aplacar su rabia. En aquel giro brusco, una de las horquillas que llevaba prendida en el pelo cedió y salió volando contra el suelo enmoquetado, y un grueso mechón de cabello del color de la sangre se escurrió sedoso sobre su espalda. Llevaba un vestido aguamarina, pomposo y con los hombros descubiertos, y el soldado pensó durante un momento que quizás no volvería a verla tan bella jamás.

—Vamos... —Calvin dio unos pasos hacia ella y cogió el mechón descarriado entre los dedos, disfrutando de su suavidad—, apenas serán unos meses. En cuanto Castilla se una a nosotros, todo terminará en un abrir y cerrar de ojos.

Brina bufó, pero no dijo una palabra, tan solo cernió más el abrazo sobre sí misma.

«Si el tirano Luis piensa que España le apoyará está loco...», pensó, pero no habló en voz alta. Estaba enfadada, pero no deseaba iniciar una pelea. No aquel día. A Calvin aquel gesto le despertó una sonrisa. Aun sabiendo que no debía presionar a la pelirroja cuando estaba enfadada, se arriesgó tomándola desde atrás con los brazos, cruzando las manos y acariciándola con los pulgares sobre el pecho.

—Verás como estaré de vuelta antes de que me eches de menos... —susurró Belmont apoyando la barbilla en el hombro de Brina.

Ella temblaba. Él, con movimientos lentos, la estrechó, y ella se dejó hacer. Estaba enfadada, sí, pero también sabía que era el deber del soldado marchar al frente, y que ni mil amores, ni mil soles ardientes impedirían aquel

destino. Ladeando un poco la cabeza, buscó a Calvin con los ojos, conteniendo tras sus pupilas un mar de lágrimas. Él, a pesar de todo, esgrimía un gesto sereno y una sonrisa lacónica, aquella de quien sabe bien cómo acabará todo. Despacio, sin dejar de abrazarla, Belmont la besó.

Una vez más, Brina respondió con la inusitada pasión que ardía en su interior.

Acto Sexto

Cartas al frente



Cada día, Belmont escribía una escueta carta a Brina. Y, cada día, ella le correspondía. Tal y como sospechaba, las cosas en la guerra contra las provincias unidas habían acabado complicándose. España se resistía a brindar su apoyo al Rey Sol que, airado, iba dando grandes zancadas y gritos por los refinados salones de su palacio. Aquel pajarillo, en su jaula de cristal y oro, había pensado que era tan magnificante que ganaría la guerra solo chasqueando los dedos. Pero, ahora, descubría con el berrinche propio de un niño que no sería así. Poco importaba que María Teresa fuese hermana de Carlos II, rey de España; los Austria no se lo pondrían fácil a Luis. Por si fuera poco, el Vaticano no estaba contento con aquella refriega y amenazaba tácitamente en denegar cualquier apoyo si el rey no ponía coto a los desmanes que tenían lugar bajo su propio techo, empezando por sus muchas favoritas y amantes. Así que, a pesar de que los cortesanos siempre recibían buenas noticias del frente, y de que la correspondencia de Brina llegaba puntual día a día, la veneciana sabía que sería un duro trance que pasar.

Las cartas en el *bureau* de patas abombadas que Brina tenía en el salón ya eran más de doscientas. Pronto llegarían a las tres centenas. Casi un año sin Calvin Belmont. Gracias a los cielos, había contado con la inestimable compañía de aquel pérfido ángel rubio que era Le Chevalier, además de la de otros amigos. Aun así, la falta del soldado comenzaba a ser insoportable. Durante los primeros meses las cartas, lacradas con el sello del ejército, habían llegado puntuales, pero pronto comenzaron a espaciarse en el tiempo, llegando una por semana, o incluso solo dos al mes. Las últimas misivas, siempre de la letra de Calvin, traslucían hastío y tristeza, a pesar de que él intentaba hacerlas amenas y distendidas. Brina, por su parte, no dejó de

escribir cada día. Pronto comenzó a sentirse como aquel día en el callejón del Arco en el que no supo si podría ser amada de forma tan intensa que su cariño trascendiese las fronteras y el tiempo, pero ella no dejó de intentarlo ni por un segundo. A pesar del frío, pronto adoptó la rutina de tomar una de las salidas laterales —a menudo la que quedaba cerca de la capilla real—, siempre cubierta con una gruesa capa para protegerse de la meteorología inclemente, y caminar dejando atrás el *bassin* de Latone para enfilarse por la Allé Royale, hasta llegar a la recién erigida fuente de Apolo. Allí, cuaderno en mano, se sentaba en una de las tapias bajas y escribía sus cartas, usando un frágil equipo portátil de plumilla y tinta. Nunca supo por qué eligió aquel lugar, quizás fuera por la tranquilidad, o puede que la silenciosa pugna de los enormes caballos de bronce dorado que luchaban estáticos por salir del agua, le resultase una alegoría más sencilla de asimilar que lo que significaba la ausencia de correo de Calvin.

Pronto él dejó de escribir. Brina no cesó en su rutina, aunque a menudo debía conservar sus propias cartas, ya que dejó de tener pistas de dónde debía remitirlas.

—Querida. —El de Lorena, ceremonioso, la alcanzó aquella mañana y, aupando los faldones de su fastuoso chaqué, se sentó junto a ella. Brina evitó mirarle, a pesar de que le tenía estima, a menudo sus observaciones sobre su soledad le resultaban hirientes. Ya casi ni podía soportarse a sí misma o a sus amigos—. ¿Sabes a dónde enviarás esta?, ¿o vas a seguir esperando?

Brina suspiró pesadamente, pero no dejó de escribir usando trazos nerviosos y rápidos.

—Brina —continuó hablando Felipe. Esta vez rebajó la impostura en el tono, haciendo un esfuerzo por contentar a su amiga—. Los soldados son así. Créeme, conozco unos cuantos.

Por fin, Brina, al borde del llanto, esbozó una tibia sonrisa que su acompañante celebró con una risa queda.

—Volverá —sentenció Le Chevalier mientras se entremetía bajo la gruesa capa de lana de Brina y le pasaba una mano por la cintura en señal de consuelo y afecto—. Los dos volverán.

—Más les vale —concedió Brina como respuesta. Había un leve temblor

en su voz. Ante aquella afirmación lastimosa. Felipe ciñó aún más su abrazo, y ambos se sintieron mínimamente reconfortados.

Con tanta gente viviendo en aquel palacio de ensueño era extraño que la pelirroja se encontrase sola contemplando la fuente. Normalmente había pequeños grupos de cortesanos deambulando de aquí para allá, que de forma frívola intentaban protegerse del frío y el aburrimiento de la manera que mejor podían. Brina y Felipe aún estaban abrazados en aquella postura de tragedia griega cuando oyeron el revuelo. El rey Luis, acompañado por sus ministros, paseaba en la fría mañana a paso sereno por las inmediaciones de Apolo y sus caballos moribundos. En aquel momento Brina entendió por qué Luis XIV se empeñaba en hacerse llamar el Rey Sol. Como el astro, aquel hombre atraía a todos con su calor y su carisma, en lugar de alejarlos con sus formas y maneras parcas y refinadas, los cortesanos y ministros se apiñaban a su alrededor reclamando su atención.

«Qué tristeza no poder disfrutar de un momento de soledad...», pensó Brina, compadeciendo a aquel gran hombre por primera vez desde que estaba en Versalles. Pronto, Luis, estuvo a tan solo unos pasos de distancia de ellos. Los dos se levantaron inclinando un poco la cabeza, reverenciando al rey. En cuanto el Rey Sol fue consciente de quién estaba a su lado, las brumas de hastío que nublaban su semblante se disiparon levemente. Brina, entonces, alzó el rostro para mirarlo con sus enormes ojos azules cargados de melancolía. Ella llevaba la capa oscura bien cernida sobre los hombros, la capucha, echada hacia atrás, se recogía sobre su delicado rostro, enmarcándolo y destacando el blanco de su faz, y contrastando el fuego de su pelo y las pecas que surcaban su semblante. Luis, aún aguantando los parlamentos de un orondo ministro que hablaba en voz baja junto a su oído, se detuvo durante unos segundos y los saludó con un sobrio movimiento de cabeza. Brina y Le Chevalier le vieron retomar el paseo. El rey no dejó de mirar a Brina hasta que le dio la espalda. Ella contuvo el aliento hasta que hubo pasado, intentado serenarse, pues los ojos azules de Luis le habían susurrado: «Ahora sé dónde encontrarte».

Pocos días después la lluvia, caprichosa y temperamental, azotaba Versalles sin miramiento. En días tormentosos como ese, muy comunes en

invierno, poco más que jugar a las cartas se podía hacer en aquella jaula dorada. Los nobles menos disolutos pululaban como antiguos fantasmas, arrastrando los pies parsimoniosos por los largos pasillos y los fastuosos salones, intentando arrancar algo de luz de los cielos encapotados. Brina, hastiada y apenada, prefería pasar los días grises como aquel recluida en su cuarto. A través de su testafarro en París había conseguido un deslucido volumen de cierto veneciano afamado, y ese día pensaba pasar la jornada recostada en su sofá de terciopelo, dejando que la invadiese la reconfortante nostalgia de conectar con un compatriota, aunque fuese uno que había vivido hacía ya más de cien años.

Hacia medio día alguien llamó tímidamente a la puerta. Brina decidió ignorar al inesperado visitante. Bajo el sedoso abrazo protector de su kimono de oriente, con los pies subidos al asiento y el cuerpo apoyado de lado sobre el reposabrazos, se esforzó en concentrarse en la lectura, intentado no dar cabida en su mente a quien estuviese tras la puerta. Volvieron a llamar, esta vez con más brío. La pelirroja, fastidiada, resolvió responder. Seguramente el de Lorena fuese a buscarla para sacarla de su gruta, como él solía llamar a su departamento. Ella intentaría convencerlo de que la dejase en paz, y volvería a zambullirse en aquel libro de hojas amarilleadas por el tiempo. Cerrando por completo la abertura del kimono, fue hasta la puerta de un par de zancadas y abrió moviendo la hoja con fuerza, dispuesta a presentar batalla al rubio caballero.

—Hola —la saludó asustada la muchacha apostada en la entrada. Vestía ropa humilde, pero no era una sirvienta de palacio, sus ojos verdes le fueron terriblemente familiares, e hicieron que se tragara la reprimenda que pensaba despachar a quien estuviese molestándola. La chica, con manos nerviosas, aferraba un paquete envuelto en papel de estraza—. Soy Ivette.

—Hola Ivette —respondió Brina con extrañeza. De forma inconsciente, se quedó al amparo protector de la puerta. Llevó una mano al escote de la bata, cerrándola un poco, y con la otra mano se atusó el pelo.

Aquella chica no era nadie, pero de todas formas no le gustaba no estar presentable. La muchacha la miró nerviosa, esperando algo.

—¿Nos conocemos? —preguntó la pelirroja con un poso de terror creciendo dentro de ella. Uno frío y reptante que le traía viejos recuerdos.

—No, madame —respondió la chica mirándola fijamente—, pero pensaba que Calvin os habría hablado de mí.

Brina, aferrándose todavía a su kimono, se mordió los labios y negó con lentitud. Al hacerlo, un mechón de fuego le cayó sobre la cara. La muchacha miró el movimiento de su pelo como hipnotizada. Brina carraspeó un poco, nerviosa y asustada, y la chica pareció reaccionar de inmediato.

—Calvin es mi hermano —respondió atropelladamente.

Brina, cerrando los ojos y bajando la cabeza, suspiró aliviada mientras sonreía. Nefastas ideas de vidas dobles y engaños pasaron por su atribulada cabeza en apenas unos instantes. Aún sonriente alzó la cabeza para volver a mirar a la muchacha. Lo cierto era que se parecía mucho al soldado; era toda una Belmont. Destensándose un poco, abrió la boca para preguntar a la muchacha, que aún abrazaba el pequeño fardo entre las manos, pero esta, rápida, la cortó antes de que pudiese hablar.

—Mi hermano ha muerto en el frente —dijo, y en su voz había pena y también verdad.

Brina asimiló el mensaje. Las palabras retumbaron en su interior, aplastando cualquier esperanza de reencuentro y felicidad que pudiese haber albergado. Rota por dentro, lloró sin pudor y desesperada mientras se aferraba al quicio de la puerta, dejándose vencer poco a poco hasta caer de rodillas al suelo.

Resultó que Belmont había muerto un mes y medio atrás. En plena refriega, su caballo resultó herido y cayó al suelo. Calvin tuvo la mala fortuna de que una de sus piernas quedase atrapada bajo el peso del animal. En el fragor de la batalla nadie se paró a auxiliarle, así que estuvo horas con la extremidad encallada entre el animal muerto y la tierra, astillándose y desgarrándose lentamente, impregnada de la inmundicia y la agonía. Cuando todo hubo acabado, cuando por fin pudo ser rescatado, poco se podía hacer por él. En el hospital de campaña unos médicos voluntariosos cortaron la pierna por encima de la rodilla, esperando poder salvar al paciente, pero la sepsis había aparecido largo rato antes. Calvin tardó tres días en morir, entre fiebres y terrible sufrimiento.

—¿Estaba el de Orleans con él? —preguntó Brina en cuanto pudo hablar.

Aún lloraba, pero pasado un rato, sentada en el diván junto a la ventana por la que había visto marchar al soldado y acompañada por Ivette, podía pensar. La muchacha también había llorado, juntas habían pasado parte del duelo.

—No —contestó la chica mientras sorbía por la nariz—. Felipe de Orleans estaba en la frontera este, Calvin murió al sur.

Brina volvió a sollozar cubriéndose el rostro con las manos.

—Nos enviaron sus cosas, las pocas que llevó al frente. —La chiquilla siguió hablando mientras hipaba por la pena. Alargó hacia Brina el paquete que no había soltado—. Yo no sé leer, nunca me ha interesado, así que creo que esto te pertenece.

Brina apartó las manos de su semblante, y volvió poco a poco a la realidad. La muchacha le hacía entrega del pequeño fardo, y ella, con sus delicados dedos lo tomó para desenrollarlo con cuidado. Las manos le temblaban. Al retirar el papel, las cartas que Belmont no había conseguido enviarle estando en el frente se descubrieron ante ella.

—Gracias —susurró intentando esbozar una sonrisa.

—El día que Calvin nos dijo que vendría a vivir a palacio estaba ufano —habló de nuevo la chiquilla. Tenía el rostro empapado por la pena, pero, aun así, había bondad en ella. La misma felicidad serena tan propia de Belmont. Miraba fijamente a Brina, con la admiración de quien observa una obra de arte—. Ahora entiendo por qué.

Buscando algo de paz y consuelo, las dos mujeres hablaron durante toda la tarde. Cuando el sol se puso, Brina suplicó a Ivette que se quedase con ella, aunque fuese solo aquella noche, pero la chica se negó alegando que no podía dejar sola a su madre, si no aparecía, esta se preocuparía. Brina entendió su razonamiento, aun así, se sintió decepcionada. Conversando con la hermana de Calvin supo que las dos mujeres Belmont regentaban una pequeña botica en París, cerca del Sena. Jamás habían sido pudientes, pero se tenían la una a la otra y no les había faltado de nada nunca. Calvin no había sentido interés por el negocio familiar, pero las había apoyado sin dudar hasta que acabó alistándose, buscando una vida mejor.

Por los pasadizos de servicio, Brina acompañó a Ivette hasta la entrada

del palacio, donde alquiló un carruaje que la llevaría a casa. Sin saber por qué, comenzaba a sentirse responsable de aquellas dos mujeres. Abrazándose y besándose la una a la otra, se despidieron, y al verla marchar, Brina volvió a pensar en la añorada calle del Arco, en su apartamento de grandes ventanas ojivales, en Antonella, e incluso en la severa pero afable Señora. Una vez más, lloró en silencio, de pie frente a las doradas verjas de metal, mientras el viento le mecía el rojo cabello, que a la luz de la luna de aquella noche aciaga lucía desvaído.

Acto Séptimo

Renacer



Saber que Calvin Belmont no volvería causaba un vacío dentro de Brina. Uno casi tan grande y hambriento como el que había provocado la marcha de Sarter, pero, al menos, simplificaba las cosas. A los pocos días viajó a París para reunirse con su testafarro, algo habitual, ya que la pelirroja no abandonó jamás el interés por sus negocios. A través de este envió una pequeña asignación a los dos miembros que quedaban de la familia Belmont, junto al dinero adjuntó un recado que expresaba su más sincero pésame, y el deseo de seguir en contacto con ellas, además, hacía saber a Ivette y la señora Belmont que siempre las ayudaría en lo que necesitasen. Con aquel sencillo gesto aquietó su conciencia, que bramaba desesperada no solo por haber privado a las dos mujeres de la compañía de Calvin, sino también por haberse desatendido a ella misma. No habló a nadie en palacio del acercamiento con la familia del militar, pero, pronto, su círculo de amistades se hizo eco de la noticia de la muerte del que había sido su compañero, y algunos, por cariño sincero como Le Chevalier o por pura curiosidad morbosa como otros, la acompañaron durante el duelo y no la dejaron sola en ningún momento. Los escasos momentos de soledad con los que podía contar los seguía pasando frente a la dorada efigie de Apolo. No importaba el frío, el viento o la nieve, Brina se sentaba cerca de la fuente y fantaseaba con volver a Venecia.

Llegó a un punto en que aquel anhelo casi se convirtió en una necesidad. Nunca lo dijo, por aquella época Brina apenas hablaba, consumida por la pena como estaba. Se sentaba junto a Apolo y se imaginaba volviendo a transitar el campo de San Zaccaria, acariciando con la mano desnuda la blanca piedra de la iglesia, sintiendo su rudeza, pero recibiendo también el abrazo de *La Serenissima*. Durante las tardes, mientras compartía tiempo jugando a las

cartas o sentada en el salón de Diana, comenzaba a elaborar una meticulosa lista de lo que llevaría de vuelta a casa, del orden que ocuparían sus vestidos de seda en los baúles, o de cuánto le llevaría el viaje de vuelta. ¿Seguirían Antonella y la Señora viviendo en la calle del Arco? No lo sabía. No había tenido noticias de ellas desde que se hubo mudado a Versalles y, por extraño que pareciese, tampoco se había vuelto a oír nada sobre la plaga. Si bien era cierto que el centro de Europa estaba inmerso en la revolución en aquellos tiempos, también lo era que si se hubiese desatado un brote de peste negra en Venecia se habría sabido al instante. No solo no había noticias sobre la enfermedad, además, el flujo de mercancías seguía constante entre el Adriático y el Mediterráneo. La idea de que quizás habían huido de su hogar demasiado pronto comenzó a germinar en su interior, creciendo rápido. Comenzó a sentirse como una de aquellas ratas de la peste, siendo devorada por ese gran gato pardo que era el destino. Pronto estuvo convencida de que abandonar Venecia había sido un error, pero, por suerte, era un error que podía subsanarse con rapidez.

Tan pronto como comenzó a planear el viaje de vuelta, empezaron las pesadillas. Volvía a verse en aquel callejón de la Castagna, apenas alumbrado por un fanal cubierto de moscas gordas y negras, envuelta en la pestilencia preñada de muerte. Al final del corredor el *dottore* de la muerte la esperaba con los brazos abiertos, y ella, a pesar de estar aterrada, de intentar gritar hasta rasgarse la garganta, deseaba ir con él. En cuanto la tenía cerca, la parca se liberaba de la picuda máscara y la faz de Calvin, devorada por la sepsis, caía hacia ella como una maldición. Tan pronto como comenzaba a empacar, empezaba a deshacer las maletas. A pesar de su deseo de volver, algo dentro de ella le gritaba que no debía hacerlo, que había aristas en aquella figura que no era capaz de vislumbrar siquiera, que su lugar ahora era Versalles. Luca no podía estar tan equivocado. En su atribulada cabeza la voz de Sartre sonaba clara y cercana: «Eres lista, y Versalles es ahora tu hogar». Así que, a mediados de mayo, casi dos años después de su marcha, Brina no podía hacer otra cosa más que fantasear con el hogar, con su antiguo protector y con la reciente pérdida, sentada frente a la fuente de Apolo, con la prosperidad hecha añicos y sin ilusión por el futuro.

Una mañana soleada de primavera Brina recibía el cálido abrazo del sol con los ojos cerrados y la barbilla alzada. Comenzaba la época de calor en

Francia, y ella se había sentado en un pequeño banco de piedra. La abultada falda de seda aguamarina se le acumulaba sobre las piernas. Serena, se despojó de su capa, dejándola a un lado en la banqueta, se había bajado graciosamente los hombros del vestido hasta mitad del brazo, abriendo un poco el escote. Su pecho, a pesar del corsé, se movía sedoso y sereno con cada respiración, amenazando con escapar del vestido con cada exhalación, redondeado y salpicado de pecas. Aún con los ojos cerrados, notó como alguien se sentaba a su lado, pero decidió obviar al visitante, centrada en tomar lo que recibía del astro rey.

Luis, como había hecho a menudo desde que la viese allí por primera vez, daba un breve paseo frente a Apolo, buscándola con la mirada, decepcionándose al no encontrarla. Aquel día, meses después de aquella primera mañana de inesperado encuentro, sus ojos volvieron a atisbar a la pelirroja, y de nuevo deseó que todo en el mundo se detuviese por un momento. Ella estaba allí, en aquella pose sensual y trágica, y él pensó que podría haber sido una de las pinturas más bellas del renacimiento. Dejando atrás a su corte, que se quedó a unos metros de forma muy conveniente, sin mediar palabra Luis se sentó junto a Brina. Ella no le reverenció, no se exaltó ni avergonzó, simplemente aceptó su presencia allí como hacía con el mismo sol, y sin entender muy bien por qué, aquello gustó al monarca.

—¿Habéis dejado de escribir? —preguntó él, aguantando la regia pose, apoyando las manos en las pantorrillas y ladeándose un poco para enfrentar a la veneciana.

—Tenía un amigo en el frente. Ahora está muerto —contestó Brina, hablando distraída.

Luis, a pesar de lo terrible de aquella confesión, esbozó una sonrisa. La pelirroja, hastiada de la etiqueta y el protocolo, a pesar de haber reconocido la voz de quien le hablaba, había respondido natural y serena. Ella sabía que esa era su magia más poderosa, y que él, como cualquier hombre, no se enojaría, por muy rey que fuese. Y no se equivocó.

—La guerra es dura para todos —comentó en voz baja Luis.

Brina, aún con los ojos cerrados, asintió. En secreto, deseó que aquel gran hombre hubiese obtenido suficiente de ella y se marchase en silencio, igual que había venido, pero no fue así. Luis, además de deleitarse con su delicada

belleza, siguió sentado junto a ella.

—¿Sabéis? Si yo fuese rey, y estuviese en esa guerra, no confiaría en los españoles, Sire. —Brina, reavivando el fuego de su interior, abrió los ojos y miró directamente al Borbón. Por un momento vio ira en su rostro, pero después él ladeó la cabeza prestándole atención—. Me concentraría en contentar a otros aliados.

Ante aquella afirmación, Luis soltó una risa, mezcla de asombro y enfado, aun así, seguía bajo el arrebatador influjo de la pelirroja, y siguió sentado a su lado, esperando no sabía qué. Brina, desafiante, no se retiró. No dejó de escrutarlo ni por un momento. Por un segundo, aquel gran rey parecía desarmado ante ella.

—¿Y qué sabréis vos, duquesa de Sarter? —preguntó el rey con tono sosegado, intentando con esfuerzo desmedido no descubrirse como un airado patán.

—¿Acaso no lo sabéis, Sire? —dijo ella mientras se removía juguetona. Al fin y al cabo el Rey Sol no era más que un hombre, y Brina sabía que podría conducirlo como desease. Solo tenía que dar con la forma—. Una buena cortesana veneciana lo sabe todo.

El escaso verano parisino llegó pronto aquel año. Brina y el de Lorena, entre otros, seguían abandonados en Versalles, pero la llegada del calor, la estación favorita de la cortesana en aquella tierra, pronto comenzó a desterrar antiguas penas en todos los habitantes del castillo. La guerra se había recrudecido, pero según decían los entendidos, aquello solo podía significar que estaban cerca del final.

—Debemos ser fuertes y prevalecer —bromeaba a menudo el rubio Felipe, impostando autoridad en su voz y provocando la risa de Brina.

Una vez más, aquel sátiro había sido su salvación. Juntos, atravesaron el duelo de ella y la soledad de él, y ahora más que nunca se obligarían a disfrutar del verano y sus dones; se obligarían a no pensar en aquella guerra y toda la desdicha que les había reportado.

A finales de junio, el de Lorena, siempre intentando parecer vivaracho y

despreocupado, organizó el primer pícnic privado de la temporada. No había gran diferencia entre las fiestas clandestinas y los pícnicos de verano que Le Chevalier organizaba. Aquella primavera el rey Luis había ordenado la construcción de unas grutas artificiales cerca de la entrada de las tres fuentes, al conveniente amparo de un espeso bosquecillo de olmos, acabaría siendo una nueva alegoría al dios Apolo, deidad con la que el Rey Sol se sentía muy identificado por razones obvias. De momento tan solo las cascadas y las rocas habían sido instaladas, y Felipe, alegando que aquel nuevo monumento debía ser bautizado como era menester, citó a la más selecta y páfida concurrencia a orillas del nuevo lago.

Reunidos allí desde por la mañana, disfrutando del calor del verano y de la buena disposición de Versalles, una veintena de juerguistas se desinhibían bañados en alcohol. Brina, más por aburrimiento que por curiosidad, seguía asistiendo fiel a las reuniones con sus amigos, pero desde que Calvin se hubo marchado, se resistía a participar de forma activa. No había retomado el ánimo por el hedonismo, ni siquiera cuando supo que Calvin no volvería jamás había buscado refugio o consuelo en aquello. Se divertía; era imposible no hacerlo, pero siempre quedaba al margen. Aquella mañana, al amparo y la discreción que el bosquecillo de olmos que los rodeaba ofrecía, los participantes se habían ido despojando de sus ropas paulatinamente, quedando los caballeros con el pecho descubierto al sol, bronceando la piel todavía blanqueada por el invierno, y las damas, haciendo lo propio, vestían sus mejores enaguas de algodón con los faldones levantados hasta las rodillas y los brazos al descubierto.

«Si el rey nos viese con esta pinta nos mandaría azotar por libertinos», se dijo satisfecho el de Lorena ante aquella imagen de desnudez y rebeldía.

En aquel palacio, al amparo del hombre más poderoso del mundo, cada uno se reafirmaba como buenamente podía, aunque fuese llevando a sus amigos por el camino de la perdición. Hacia medio día, acosada por el calor y por un joven noble que hablaba con voz pastosa, Brina, intentado huir de aquellas dos persecuciones, inauguró el Baño de Apolo, lanzándose casi de cabeza al agua. Divertidos y embriagados, todos la aplaudieron entre vítores, y aunque no se podía nadar mucho en la verde agua de aquel pequeño estanque, dio un par de brazadas escapando, por fin, de toda la concurrencia, y en especial de aquel muchacho que se había encaprichado con ella.

No supo cuánto tiempo estuvo en el agua, pero se resistía a salir de nuevo a tierra firme. Siempre le había gustado nadar, y aunque en Venecia no era algo tan fácil de hacer como pudiese parecer, era una actividad que le gustaba practicar. Ajena a la bacanal que tenía lugar sobre la hierba, la pelirroja se había soltado la larga melena, que ya le llegaba hasta media espalda, y todavía con las enaguas puestas se mecía con los ojos cerrados dentro de aquella agua turquesa. Con el cuerpo suspendido y la cara vuelta hacia el cielo oía los sonidos de la fiesta amortiguados en su interior, notaba el fresco aliento del mediodía, y el fuego de su pelo dibujaba un intrincado tapiz de rojos y cobres sobre la superficie del estanque. Transportado en una de aquellas ligeras brisas de verano fue como le llegó el olor. Al principio, todavía con los ojos cerrados, no supo si soñaba o si estaba en el mundo real, pero pronto tuvo que convencerse de que aquello no podía ser cierto. El dulce olor de las especias, el oro en polvo de oriente, la invadió haciéndole sentir una cálida oleada de nostalgia. Poco a poco se incorporó dentro del agua, mirando en derredor y acercándose al borde del estanque, con aquel aroma tan conocido y añorado llenándole las fosas nasales, buscando un fantasma entre el grupo de gente que había a su alrededor. Dio unos pasos hasta quedar al borde del laguillo. El cabello, húmedo, se rizaba a su espalda, dándole el aspecto de una fiera luchadora de la antigüedad, y el sayal de blanco algodón mojado se le pegaba al cuerpo, trasluciendo con vivacidad cada marca y silueta de su anatomía. En un primer momento la pena y la decepción se apoderaron de ella; había esperado que aquel olor fuese a preceder a su gran amor, pero con amargura descubría que no se trataba más que de un anhelo. Probablemente una mala pasada de su mente torturada. Conteniendo un gesto de tristeza, se mordió los labios. El aroma a especias no desaparecía, así que intentó quitárselo de la cabeza llevando las manos al pelo para escurrir algo de agua.

—Bri... —Ella se afanaba en enroscarse la roja melena. Las gotas marcaban brillantes surcos sobre la piel de sus antebrazos hasta llegar a los codos, para acabar muriendo estrelladas contra el suelo. En cuanto él la vio, con la blanca tela casi transparente por el agua pegada al cuerpo, en aquel escorzo tan delicado, tuvo una vez más la certeza de que era una Venus salida de cualquiera de aquellos cuadros que habían pintado los grandes maestros cien años atrás.

—¿Luca? —La cortesana levantó la mirada de nuevo. Había miedo en su

voz, pero también esperanza. Le había oído, y su aroma, dulce y almizclado, seguía dentro de ella. Se negaba a estar soñando.

Entonces lo vio.

Él, el *duca* de Sarter, con su porte de caballero y el pelo largo hasta los hombros, la miraba extasiado entre la multitud, ajeno al resto de personas, y en sus ojos del color del carbón había cariño y alegría: nada parecía haber cambiado. Olvidando al resto del mundo, por un momento todo se detuvo: las abejas cesaron el batir de sus alas en pleno vuelo, las hojas de los olmos quedaron suspendidas en el aire, e incluso la superficie del estanque pareció congelarse. Sarter, feliz, esbozó una de sus enormes y carismáticas sonrisas en cuanto Brina posó sus ojos azules sobre él, y tras un momento de incredulidad, la pelirroja corrió, descalza y con las enaguas mojadas enredándose en sus piernas a cada paso, sintiéndose renacida, hasta saltar sobre él para ceñirle en un profundo abrazo. Luca no solo la correspondió, sino que, al momento, sus labios ardientes buscaron los de ella para fundirse en un beso cargado de pasión y añoranza.

Tras aquel reencuentro, los *duchi* de Sarter pasaron los días siguientes juntos. Resultó que el imperio de Francia necesitaba expandir sus negocios hasta costas otomanas, y algún consejero bien informado había propuesto a Luca como legado. Durante los días que él pasaría en Versalles discutiría el asunto con el rey y sus ministros, pero además disfrutaría de Brina.

Después de tanto tiempo a ambos les costaba mantenerse lejos el uno del otro. Con los cuerpos sudados y enredados, durante la primera jornada no salieron de la enorme cama con dosel que Brina tenía en su departamento. Ella no sentía la necesidad de pasearle por el palacio, de mostrar al noble como si fuese un trofeo, y él decidió que, si debía abandonar los brazos de la cortesana que tanto había echado de menos allende los mares, cualquier asunto tendría que esperar, hasta el mismísimo Rey Sol. Juntos, como si la plaga jamás se hubiese cernido sobre *La Serenissima*, se amarían con desenfrenada pasión hasta que sus cuerpos, extasiados, sucumbiesen al cansancio.

—¿Volviste a Venecia alguna vez? —preguntó ella en la quietud de la noche.

Hacía más de cinco días que él estaba en el palacio, y pronto tendría que marcharse de nuevo. Ella lo sabía, y tendida en la cama boca abajo, cubierta con la fina sábana hasta la cintura, intentaba atesorar un poco más de él para recordarle en los días de soledad. Los postigos de las ventanas estaban abiertos de par en par, la luna brillaba alta en el cielo, y los grillos cantaban con fuerza debido al calor del verano. Sarter, sentado junto a Brina y también desnudo, con las piernas cruzadas y fumando uno de aquellos cigarros oscuros que traía de tierras lejanas, la miraba encandilado. Al oír la pregunta asintió, exhaló una enorme bocanada de humo blanco y espeso, y después una sonrisa sesgada se le dibujó en el rostro.

—Y qué, ¿es cierto? —preguntó ella aún boca abajo, apoyándose sobre los codos. Él bajó la mirada—. Lo de la enfermedad, ¿es verdad?

—Nadie lo dice —habló Luca por fin, en tono bajo y preocupado. Volvió a dar otra calada—, pero es cierto. Intentan llevarlo en secreto. No es tan grave como la otra vez, pero en cuanto acaban con un foco, aparece otro.

Brina asintió despacio. Aquella era la peor de las noticias. En silencio deseó que la Señora y Antonella estuviesen a salvo. Volvió a ver, claro en su mente, a aquel *dottore della peste*, con su máscara picuda de ojos sin vida. Un escalofrío recorrió su espalda, haciendo que se sacudiese a pesar del bochorno del verano.

—Bri, ¿eres feliz aquí? —preguntó Sarter a bocajarro. El bienestar de ella le había preocupado siempre.

—A veces sí —contestó en voz baja, y en aquel momento fue la pelirroja quien sonrió lacónica. Se incorporó un poco, buscándole con una caricia, y él se recostó a su lado, dejando el cigarro y pasando uno de sus muscudos brazos bajo el cuello de ella, atrayéndola de nuevo hacia él. Ambos se miraron embelesados. Por mucho que pasase, por mucho que Brina viviese, jamás dejaría de amar a su protector. Y mirándose como estaba en los profundos ojos de él, estaba segura de que Luca la correspondía. Despacio, lo besó en los labios, a lo que el duque respondió posándolos sobre su blanco cuello de cisne. Parecía que no habían hecho otra cosa que amarse durante día y noche en aquel lugar, pero también que jamás tenían suficiente de aquello.

Brina le acarició el torso, limpio de vello y bien marcado, y él, de nuevo hambriento, la aprisionó contra sí con un profundo gruñido.

Los días pasaron y por fin el acuerdo entre Sarter y el gran imperio francés estuvo arreglado. Él consiguió mucho más de lo que esperaba, el reino estaba en decadencia y pedía a gritos un soplo de aire fresco, uno como el que la enorme flota de Sarter ofrecía, así que no tuvo más que pedir para que se le diese. Tanto él como Brina habrían deseado que los parlamentos se extendiesen más en el tiempo, pero ambos sabían que el inevitable final de aquella visita estaba cerca. Sarter tenía otra vida, una en la que la pelirroja no tenía cabida, y esta ya le estaba reclamando. Durante su despedida, ella no dejó de llorar en ningún momento a pesar de que se esforzaba en sonreír, y aquello despertaba en Luca una irrefrenable pasión que le susurraba maliciosa que se quedase a vivir en aquel palacio de ensueño. Pero no podía, y ambos eran conscientes.

—Volveré en primavera —dijo él por fin, abrazándola con fuerza. Hablaba con los ojos cerrados y la barbilla en el hombro preñado de pecas de Brina. Tenía la piel sedosa y cálida, y para ella él era el paraíso, así que se resistía a desenredar el abrazo—. Busca tu camino, Bri, intenta ser feliz.

—Vuelve antes si puedes —susurró entre lágrimas, sabedora de que pronto volvería a perderlo, obviando la segunda parte del mensaje, pues ¿cómo iba a ser feliz sin él allí? En aquel momento, sintiéndolo tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, se daba cuenta de que todo lo que había hecho desde que llegase a Versalles había sido un burdo intento por retenerlo, y tan solo había recibido desdicha a cambio—, y tampoco te haría ningún mal escribir de vez en cuando, ¿sabes?

Los días posteriores a su marcha Brina volvió a hundirse en aquel légamo frío que era la pena. Desolada, se permitió unos días para estar en soledad. Al final, había hablado con él de todo, de lo que había sucedido con Calvin, de sus amigos y su vida en Versalles, y sus preocupaciones respecto a sus antiguas compañeras. Luca también le había contado algunas cosas. Habían compartido tiempo juntos y Brina se afanaba en almacenar aquellos recuerdos en su interior, haciendo acopio de fuerzas para seguir adelante.

Poco a poco, la veneciana volvió a su rutina, la de caminar hasta Apolo y

sentarse en cualquier banquetta, quizás a leer un poco, a escribir algunos garabatos en su diario, o a recibir la visita del rey. Y es que en los meses que trascurrieron desde aquel primer encuentro hasta los días presentes, Luis había acudido a la cita con cierta asiduidad. El rey, siempre arropado por su corte de aduladores, había descubierto en ella a alguien sincero y fresco, y aquello le agradaba. Brina siempre se había mostrado respetuosa y distante, y aunque era la deslumbrante belleza de ella lo que lo atrajo en un primer momento, la arrolladora personalidad de la veneciana era lo que había terminado de cautivarle.

Aquella mañana, le esperaba sentada en la piedra, ataviada con un brillante vestido brocado, de forma distraída se refrescaba con su abanico, mirando fijamente la imagen de Apolo sobre el agua. Luis caminó sereno hasta ella, se sentó a su lado, echándose hacia adelante y apoyando los codos sobre las pantorrillas. Ladeó un poco la cabeza para mirarla, retirándose la larga y negra melena hacia atrás. Ella siguió impassible mirando al frente. En su rostro salpicado de pecas se dibujó una sonrisa pícara, y por fin cedió a la presión dedicándole una breve mirada de reojo. El rey rio de forma natural ante aquel gesto. Había descubierto en Brina a una mujer que no se arrodillaba ante nadie, que no se dejaría doblegar, y aunque era algo del todo irreverente y poco habitual en Versalles, lo satisfacía también. Aquel juego de miradas se había convertido en uno de sus preferidos.

—Hacía tiempo que no te veía —dijo sin más. A pesar de que sus charlas siempre habían sido a vista de todo el mundo, en lugares públicos, con los días se habían vuelto más familiares.

—Tenía visita, Sire —concedió ella como parca respuesta. No tenía ganas de hablar, pero al poco de marcharse Luca, comenzó a sentir la necesidad de acudir frente a Apolo, así que allí estaba, dispuesta a jugar de nuevo al ratón y al gato con aquel gran hombre.

—Ah... El *duci* de Sarter —resolvió el rey mirando hacia el frente—. ¿Un primo quizás? ¿Hermano?

Brina no pudo más que reír ante aquella idea. Había hablado a muy pocos sobre la relación con su protector; de haberlo hecho, habría tenido que dar explicaciones sobre su vida en Venecia, y a aquellas alturas prefería no hacerlo. No se avergonzaba de su pasado, al contrario, lo consideraba un don

precioso que debía proteger. Aún riendo, miró directamente al rey, que la observaba esperando una respuesta. Sintióse culpable por la burla, se cubrió hasta la nariz con el abanico, intentando refrenarse. ¿Qué era lo que había en el azul de los ojos de Luis? Quizás curiosidad, quizás pudieran ser celos. Brina no estuvo segura.

—Una larga historia —respondió por fin.

Luis, mirando de nuevo al frente, asintió en silencio. No era la respuesta que deseaba, pero sí la que había esperado. Ella hablaba siempre de forma sincera y natural, no importaba si lo hacía de sentimientos, política o arquitectura. Brina era taxativa en sus opiniones, y eso era precisamente lo que a él más le gustaba. La pelirroja era un diamante de sinceridad entre la corte abarrotada de sucio servilismo.

—¿Sabes?, tengo un nuevo proyecto —habló de nuevo él tras unos minutos escrutando la nada en el horizonte. Ella le miró curiosa—. ¿Quieres que te lo enseñe? Creo que podrías ayudar.

Ella asintió y, sin más, se levantaron para emprender el camino de vuelta al castillo, caminando juntos por primera vez desde que llegase.

Caminaron todo el rato con la corte a una distancia prudencial, hablando de naderías y fingiendo que se encontraban en soledad. Luis ejecutaba el papel a la perfección, estaba acostumbrado a ello, pero para Brina todo aquello era molesto e irreal. En cuanto llegaron a la terraza que unía las dos alas del castillo, quedaron en verdadera soledad, y ella suspiró aliviada.

La terraza era un largo pasadizo, ancho y despejado, y según adujo Luis, pronto sería la sala más hermosa del castillo. En cuanto comenzó a describir a Brina su idea, en la mente de ella comenzaron a alzarse dorados muros, cubiertos de enormes espejos y techos abovedados que mostraban las más bellas pinturas de aquel siglo. Luis, emocionado, contaba a Brina cada detalle, y hubo un momento en todo aquel relato en que ella solo le veía a él, en medio de todo aquel lujo que pretendía erigir, intentando por todos los medios ser aquel Rey Sol del que todos hablaban. Por un momento, Brina vio al hombre, y no a la efigie.

—Comparto vuestra visión, Sire. —No supo por qué lo dijo, pero las

palabras salieron serenas y cargadas de verdad de su boca.

Él enmudeció y la miró sin ambages.

—Sabía que lo harías.

De pronto, el aire se tornó eléctrico entre ellos dos, cargado de buenos presagios. Luis, de nuevo embelesado, la miraba sin pudor, y ella se sonrojó bajo la presión que ejercían aquellos fieros ojos azules.

—Hay plateros en Venecia que podrían fabricar esos espejos —carraspeó un poco antes de hablar, aclarándose la garganta e intentado liberarse por todos los medios de aquella sensación de nerviosismo que comenzaba a atenazarla. Él continuó mirándola en silencio, y la pelirroja comenzó a moverse por la terraza, divagando un poco—. Conozco a algunos, y seguro que tampoco tendríais problema en que os los templasen en Murano. No hay cristal mejor que el de Murano, por mucho que digan vuestros franceses.

Luis, todavía a unos pasos de distancia de ella seguía traspasándola con la mirada. Ante aquella grosera afirmación no pudo más que exhortar una risa y asentir obediente. La veneciana le tenía bajo su embrujo, ella estuvo segura, pero aun así, tuvo miedo, pues no se hechizaba a un rey todos los días.

—Venecia os gustaría, Sire —habló de nuevo ella mirándole también.

El sol entraba tímidamente en el lugar, iluminando algunas porciones de la terraza como si fuese un lugar de ensueño. Apenas hubo hablado, Luis se movió lento, olvidando dónde estaba, dando gracias por que se encontrasen a solas, hasta situarse frente a ella.

—Ya me gusta —susurró él mientras le acariciaba la mejilla.

Ella se dejó hacer, ladeando la cabeza y cerrando los ojos, mostrándose sumisa por primera vez ante aquel rey desde que se reencontrasen hacía mucho en aquella fuente.

Un ruido a sus espaldas les hizo entender que ya no estaban solos. Luis apretó la mandíbula airado, pero no hizo nada. La soledad era un bien escaso para un rey, y él estaba acostumbrado. Brina, sabiendo que la magia del momento se había quebrado, suspiró de forma pesada echando la cabeza hacia atrás, y eso provocó de nuevo la risa del monarca.

Juntos continuaron caminando por el lugar, hablando en voz baja sobre lo

que sería aquel sitio en el futuro, y a pesar de que un rey no solía hacerlo, Luis no pudo resistir más la tentación y ofreció a Brina su brazo como apoyo. Ella sabía que era algo fuera del protocolo, y dudó un momento si tomar la oferta o no. Al final, tras unos largos segundos de debate interno, la pasión venció a la razón, y deslizando una mano por el bíceps del rey, aceptó la oferta. Ambos siguieron caminando con los cuerpos pegados y la vista al frente, sabiéndose observados de nuevo, pero con renovada confianza. Luis, tras un momento, puso la mano libre sobre la de Brina. Seguía hablando sobre la galería con impostado tono altivo, y ella le miró intentando descubrir la su verdadera intención. Él la miró durante un breve instante y una sonrisa se dibujó en su rostro. Brina, divertida con aquel pequeño juego, dio un leve apretón con la mano sobre su bíceps.

Luis, todavía hablando y sin mirarla, deslizó la mano hasta alcanzar tan solo con las yemas de los dedos el hombro descubierto de ella y, con un solo dedo, la acarició, para después bajar lentamente hasta situar aquel dedo bibrón al borde del escote de la cortesana, deleitándose con el mínimo contacto de la suave piel de su pecho.

Brina tuvo que contener una risa y, por fin, Luis dejó de hablar de naderías, pues estaba también al borde de la carcajada.

—Decidme, Sire —comenzó a hablar Brina en tono bajo. La voz de Sarter instándola a buscar su lugar allí sonó clara en su mente. Brina Bonato estaba a punto de seguir su recomendación, otra vez—. ¿Sabéis lo que es un *protettore*?